

BUEN HUMOR

40 Céntimos



Dib. RAMÍREZ. -- Madrid.

— Chica, mira tu prima Segunda bebiéndose un tercio con un quinto. Luego dirá que no tiene un cuarto que ha estado en la novena.

— ¡¡Nos ha quebrao la muy frescales!!

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1. — MADRID

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro Concurso permanente.

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ahl! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

Entre soldados.

— Y si te extravías, ¿dónde he de ir a buscarte?

— Pues búscame en Melilla: porque allí... cabilas y me...-hallas.

SANTIAGO SANTACRÉU. — Madrid.

— ¿En qué se parece el Museo del Prado a las Hurdes?

— ¡En que se ve cada cuadro!...

KAMELO.

En un examen de Historia Sagrada.

EL PROFESOR. — ¿Quién fué el primer muerto después de la creación del mundo?

Silencio por parte del discípulo.

EL PROFESOR. — ¿No lo sabe usted?...

El mismo silencio.

— El primer muerto después de la creación del mundo — continúa el profesor —

fué Abel, que lo mató su hermano Caín con la quijada de un asno.

EL DISCÍPULO. — Perdone usted, señor profesor: en ese caso, el primer muerto sería el asno.

— ¡...!

YÁÑEZ. — Córdoba.

— ¿En qué se parece una persona mal educada cuando está enfadada a un peluquero?

— En que barba...-riza.

NILO SUEÑES. — Madrid.

Se presentó un paleta en una tienda de objetos de óptica, y encarándose con el dependiente, le preguntó:

— ¿Tiene usted bariómetros?

— ¿Varios metros? Explíquese usted mejor.

— De esos chismes pa la lluvia.

— ¿Barómetros, querrá usted decir?

— Eso; sí, señor.

— Aquí tiene uno de quince pesetas.

— Bueno. Y diga usted, ¿ande se apreta pa que llueva?

LES ANGES DE LEAC. — Oviedo.

— ¿Cuál es el Papa a quien más le gusta jugar a la lotería?

— ¿...?

— Pío Undécimo.

GONZALO RIBERA. — Madrid.

Hablando con el alcalde de un pueblo.
EL TURISTA. — ¿Ha nacido aquí algún gran hombre?

EL ALCALDE. — ¡Quia, no, señor! Que yo sepa, sólo han nacido aquí niños pequeños.

J. M. CONDE.

El premio del número anterior ha correspondido a **Cachito**.

Ayuntamiento de Madrid

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN NÚM. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de junio.

11. — Alternativa.

PI R LLO

12. — Un lugar de la Mancha.

- *Prima-dos*, señor guardia.
- ¿Qué es ello, señor *cuarta-prima*?
- Un poco de *cuarta-tercia* con tomate. Está muy rico.
- No me gusta ese bicho. Lo *cuarta-dos-prima* a su buen juicio...; excúseme...
- ¡Qué guardia más fino! En *todo* creí yo que sólo se criaban buenas sandías.

13. — Para mojar pan.

POS 101 TÍN

14. — Sopa.

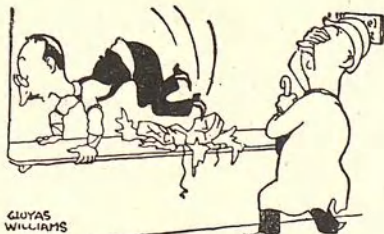
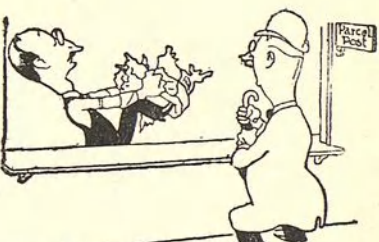
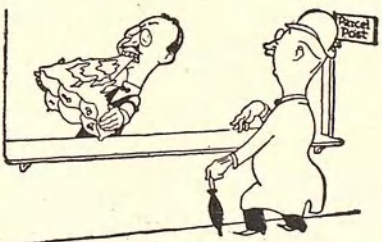
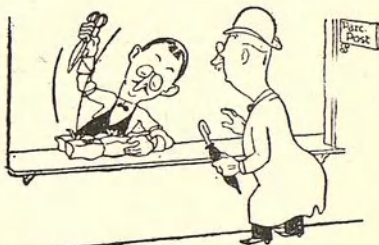
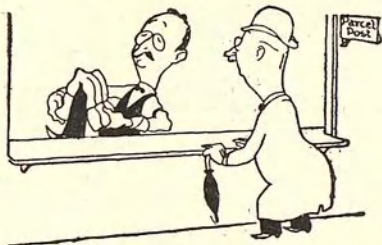
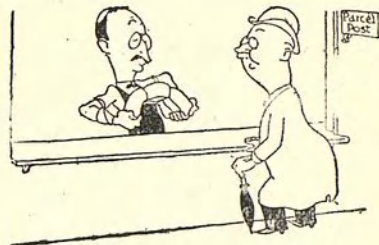
- *Prima* que te gusta la fiesta..., ¿eh?
- *Dos-dos* me subyuga.
- Pues vete tú al baile. Yo daré una vuelta en barca por el *dos-prima-tercia*.
- Tómate antes este plato de *todo*.

CUPÓN

correspondiente al número 81 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



GUAYAS WILLIAMS

SERVICIO POSTAL



(De Life, de Nueva York.)

15. — Atrevimiento.

500 :
100
CERCO

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 79.

16. — Memo.

SALIENTE MEDIODÍA
INDIO
5000



JABÓN GAL PARA LA BARBA

Forma en el acto abundantísima espuma
que no se seca en la cara.

Barra 1.50

en todos los comercios de España



"Mi tiempo no es de usted", o las máximas del progreso



UNA vez tenía yo el alma cándida y vivía feliz porque creía: creía en el progreso y creía sobre todo en el «extranjero». El extranjero era para mí un país hipotético, el país «de donde no se sabe nada», y en el cual colocaba yo todas mis ilusiones de alma progresiva. En el extranjero ocurrían, según mi creencia, todas las buenas cosas que aquí debían ocurrir, pero que no encontrábamos nunca.

¡Qué felicidad la mía cuando supe que en el extranjero, alguien, uno, uno del extranjero — daba igual el nombre — había inventado un sistema especial para edificar en la mitad del tiempo que antes!

Todo consistía en metodizar los movimientos de los obreros para que uno pusiera un ladrillo, mientras otro alargaba el siguiente, mientras el tercero descargaba del carro otro ladrillo y mientras sacaban del horno los adobes restantes, encadenando así el trabajo de un modo preciso y sistemático. Era un eslabonado riguroso, una cadena mágica que comenzaba en un obrero sacando la arcilla de la tierra, seguía en otro obrero que metía la arcilla en el horno y terminaba en otro obrero que colocaba encima del tejado de la casa, lista y levantada en tres minutos, esa bandera, que viene a ser como la rúbrica de un edificio terminado.

La quintaesencia del extranjero, la crema del extranjero era para mí Norteamérica. Allí, mientras uno dormía podía estar oyendo al mismo tiempo el concierto de la Ópera, gracias a un teléfono propósito instalado a la cabecera de la cama. El hombre de Norteamérica telefona a los clientes mientras toma el baño; escucha, mientras hace gimnasia sueca, las noticias del día, que llegan a sus oídos por medio de la telefonía sin hilos; y luego, mientras le afeitan o le dan

masaje, se encarga una taquígrafa de tomarle las cartas que dicta, se encarga una manicura de ponerle los dedos expeditos, y se encarga un limpiabotas de lustrarle la piel del calzado, para que pueda andar acto seguido por la vida de la manera más brillante. ¡Eso es orden! Gracias a ese método moderno, cuando los hombres de Europa empezamos a despachar los menesteres del negocio, el hombre de Norteamérica ha terminado ya su misión y, en vez de ir a la oficina, se va a jugar al *cricket*, al *golf*, al *tennis* y... al *west-pocket*.

Yo comencé mi formación a la norteamericana sistematizando la manera de vestirme y desnudarme: dejando al desnudarme las prendas en hilera, por orden riguroso, para no tener, para ves-

tirme al otro día, sino recorrer en sentido inverso los movimientos precisos que había ejecutado la noche anterior al meterme en la cama. Todo estaba regularizado de un modo perfecto. Al acostarme, igual: cuando la mano izquierda daba vuelta al conmutador de la luz de la cabecera de la cama, la mano derecha daba un cachetito a mi cónyuge, mientras que la lengua, libre a la sazón le decía enternecidamente: «Adiós, hijita, buenas noches; que descanses.»

Mi vida de este modo era una sucesión de movimientos tan precisa, que formaba en euritmia cadenciosa una especie de danza ejemplarísima: la danza del tiempo aprovechado.

Mi felicidad llegó a su colmo cuando vi por vez primera ese sistema de aconsejar y de enseñar, por medio de carteles colgados en las paredes de talleres, escuelas, oficinas y toda clase de edificios públicos: «Trabaja en silencio», «No escupas en el suelo», «No fumes, no blasfemes», «Escribe bien tus cartas, que por las cartas se conoce a la persona...» ¡Qué magnífico! Era maravilloso aquello de que el mundo moderno hubiese vuelto a descubrir aquella nueva cartomancia y nos recordase que, en efecto, se nos puede conocer por medio de las cartas.

Llegué a dejar abandonados mis asuntos por explicar y defender con cuantos me encontraba las excelencias del sistema aquél que iba clavando en las paredes clavos y más clavos y colgando de los clavos pedazos de sabiduría conserjera.

Pero una vez tuve que ir a una oficina en donde había colgada en la pared toda una colección de cartelitos de éstos, y pasé media hora leyendo los carteles antes de que apareciera nadie con intención de despacharme.

Aquella circunstancia no me desanimó. «¡Comprendo! — se decía mi optimismo —. Tardan tanto en salir para que tenga tiempo el visitante de leer con



Dib. SILENO. — Madrid.

detenimiento los letreros y empaparse a conciencia de estas máximas tan necesarias para formar un buen ciudadano y un funcionario cabal y en su punto.» Pero fui después a otra oficina y me sucedió cosa análoga; y fui después a escuchar una conferencia en un establecimiento moderno de cultura, y... el conferenciante se retrasó tres cuartos de hora.

Era aquél un establecimiento que tenía junto al timbre de la puerta un cartel que decía: «No toques demasiado»; que tenía un poco más allá otro letrero que decía: «Limpíate los pies y no ensucies los suelos»; que más allá volvía a aconsejar: «Habla en voz baja», y que, por último, en el salón de conferencias decía otro cartel: «Sé puntual, escucha bien y estate quieto».

Si se hubiera tratado de otra clase de establecimientos a la antigua, hubiera llegado yo con media hora de retraso y hubiera llegado así justamente a la misma hora que el conferenciante, que habría llegado también con la media hora de retraso acostumbrada; pero aquí, como era preciso llegar a la hora en punto, abandoné todos mis quehaceres y acudí presuroso y puntual, sin conseguir con ello nada. Ni siquiera me quedaba el recurso de leer y meditar bien los letreros, porque me los sabía ya más que de memoria. Y como todo esto se volvió a repetir, a la tercera vez me dije: «¡No; de aquí no pasal!»; y tomando una decisión, no sé si norteamericana o si carpetove-

tónica, me lié a escribir letreros por mi cuenta, unos letreros que decían: «Me nos consejos y... más nueces.» «Váyase usted al cuerno.» «Déle a sus empleados el dinero que se gasta en cartelitos.» «Lástima de cartón, de letreros y... de estacazo.» Me fui con aquellos letreros debajo del brazo y una caja de chinchas en el bolsillo, y lo mismo era entrar en una de esas oficinas donde me encontraba consejos y lecciones colgadas de un clavo en la pared, que poner yo mi cartelito clavado con una chinche al lado de los otros y marcharme.

Pero esto no bastaba: era necesario perfeccionar el procedimiento con un golpe maestro; y, en efecto, un día — ¡oh qué día! — entré en el despacho de un señor que tenía encima de la mesa un letrero enorme, en donde, con letras gordas y visibles, decía a los visitantes: «¡Sea usted breve! ¡Mi tiempo no es de usted!»

Cuando entré yo se encontraba el caballero escribiendo una carta, y me dijo al verme entrar con mucha cortesía: «Siéntese usted y perdone un momento, caballero»; y siguió escribiendo la carta. Yo, entonces, sin protestar ni rechistar, escribí en el palo de mi bastón: «¡Ni mi tiempo de usted!», y diciéndole con mucha cortesía: «Caballero, perdone un momento», le metí el letrero en la cabeza. Las máximas adquieren de este modo su máxima eficacia.

MANUEL ABRIL



Dib. GARRÁN
Madrid.

— ¡Mi vida es insostenible!... ¡Pienso en el suicidio; pero me falta valor!... ¡Si tú me suicidaras, te lo agradecería toda la vida!...

Ayuntamiento de Madrid

SIGUEN LAS ZUÑIGADAS

I

El domingo en la reunión de las de Valdepercebes se trabó conversación respecto a la procesión del Corpus, que salió el jueves, y dijo Pepa Moral:

— Groserote el oficial de los soldados formados, nos puso tras los soldados y todo lo vimos mal.

— Nosotras, perfectamente (dijeron las de Cascante). Entre la masa de gente, ¡no sabéis qué buen teniente fué el que nos tocó delante!

II

Al ver abierto el Congreso más de uno se cree feliz.

¿Por esperar nuevas leyes que interesen al país?

No; por gozar con los chistes que suelen hacerse allí, y enterarse de qué insultos son hogaño los más *chic*.

III

A Inés, que es toda fanfarria y me parece una birria, la veo siempre con murria; y, en cambio, la de la Alcarria, que a muchos les toma tirria, ¡conmigo es una bandurria!

IV

En Marruecos van las cosas cada vez siendo más graves. Por eso mi amiga Pura, según me ha dicho su padre, tanto pensando en Melilla como yendo por la calle de la Cruz, exclama siempre:

— ¡Virgen Santa, qué de sastres!...

V

En sus cómodos sillones los ministros, cada cual recibe las peticiones en número colosal;

y hay más de un socio que espera lograr un puesto decente, aunque no es capaz siquiera de escribir medianamente.

Ayer mismo un secretario me enseñó en Secretaría la carta de un perulario que textualmente decía:

«Agame usted el favor de Decir a su excelencia ce no puedo estar peor: ce me mata la himpazienza; ce su personal espurgue y meaga pronto ofical. ¡Dígale, en fin, que me urgue, que Me urgue la credencial!»

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

EL AFÁN DE DESTRUIR

Mi amigo, entre alborozado y perplejo, me contaba lo que acababa de sucederle en un salón de cinematógrafo muy concurrido.

— Verás: acabábamos de sentarnos, y yo, para colgar el sombrero, eché una perra gorda en esos aparatos que se abren y nos dedican una percha y algún regalito.

— Sí, ya sé. Supongo que no te ocurriría lo que a aquella señora, que emocionada por los incidentes de la película de series, casi maquinalmente, echó su moneda, abrió la percha, rebuscó el interior, y sacando el paquete, lo deshizo rápidamente, quitándole todos los envoltorios y se llevó el contenido a la boca. El momento era interesantísimo: la protagonista iba a caer de nuevo en poder del terrible *Mano Roja*. La pobre señora no pudo enterarse bien del final del episodio. Angustiada escupía con todas sus fuerzas. Había mordido una pastilla de jabón.

— No, no fué eso. Te ruego además que no me interrumpas. Es un vicio muy feo que has contraído recientemente. Yo saqué caramelos del aparato, y los compartí con mi acompañante. Los caramelos eran tres, y en justa partición sobraba uno, considerándolo por su exigüidad como indivisible. Afortunadamente todo tiene solución. La de nuestro problema estaba bien cercana: en el aparato de la butaca de mi acompañante. Cuando fuimos a meter la moneda, observamos cómo la percha estaba abierta y nos mostraba en su interior un nuevo paquete de caramelos. Me guardé la moneda y nos comimos los caramelos tácitamente. Puedo jurarte que la conciencia no me remordía por este sencillo hecho. Pues bien: al cabo de unos minutos llegó hasta nosotros un pequeño de unos doce años, que percatado de la importancia de su misión nos dijo: «Ustedes quieren estafar diez céntimos a la Empresa.» Naturalmente, nuestra sorpresa ante esta acusación imprevista era terrible, casi tan grande como la hilaridad que nos produjo. Aquello era divertidamente insólito. Procuramos disuadir al pequeño de que nos dejase ver en paz la película, sin importu-

narnos con sus recriminaciones; pero él insistía: «Es una estafa, sí, señor. Avi-

firme decisión. Nuestras risas acabaron por exasperarle. «Anda, rico, déjanos en paz», le dijimos cariñosamente. Parecía ridículo sostener un altercado por diez céntimos.

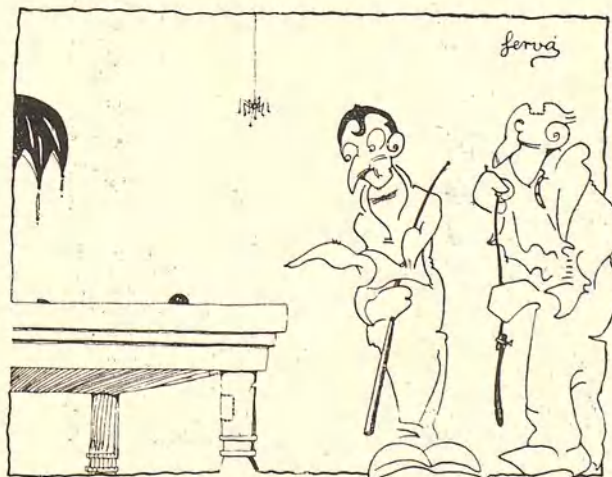
— Entonces, ¿por qué no se los diste?

— ¡Ah! Fué por dignidad. Yo no había forzado la maquinaria. Me había encontrado los caramelos y me los había comido resueltamente, como todo el que tiene la dicha, cada vez más rara, de encontrarse caramelos en su camino. El caso fué que el muchacho se alejó refunfuñando. Cuando, en el primer descanso, lo buscamos con la mirada, pudimos encontrarlo asomado a una puerta en actitud de vigilante, mostrándonos la palma de su diestra, como diciéndonos: «Esperad, esperad un poco. Ya veréis lo que os va a pasar.» ¿Querías creer que nunca me he sentido tan alegre como en aquel momento? Me interesaba el desenlace de aquello, cada vez más firmemente resuelto a no soltar la perra, en justa defensa de mi derecho. A poco vi llegar un guardia hasta nuestras butacas de esquina y colocarse detrás apoyado en la pared. Empecé a escamarme. El que alguna vez haya visto un guardia en un cine que tire la primera piedra, si cree que mi extrañeza no está justificada. Entonces comprendí que lo más prudente sería depositar la moneda en su cajetín sin que nadie lo notase, ya que por aquel hecho sin importancia parecía estar la Empresa decidida a llevarme a la Comisaría. Después de todo, si ellos decían que yo había forzado el aparato, ¿cómo podría yo probar lo contrario? «No, no — me dije —; perra gorda a la caja y en paz.» De nuevo podía ya tener segura mi conciencia y la conciencia de mi porvenir. Hasta me permití bromear con el guardia e invitarle a tomar asiento en una butaca vacía. El guardia, muy foso y muy gallego, me contestó: «Ya se lo dirán a usted de misas.» Creí adivinar en el guardia el recóndito propósito de llevarme *p' delante*. Al fin, en un nuevo intermedio llegó el inspector, vestido de uniforme cerúleo, que, sin dirigirme palabra alguna, venía precedido del pequeño vigía. Sacó del bolsillo un ex-



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— Le digo a usted, señá Quiteria, que es el mejor médico del pueblo. Cuando mi marido estaba enfermo, vino a verlo y dijo que tenía que morirse, y se murió.



Dib. FERVÁ. — Madrid.

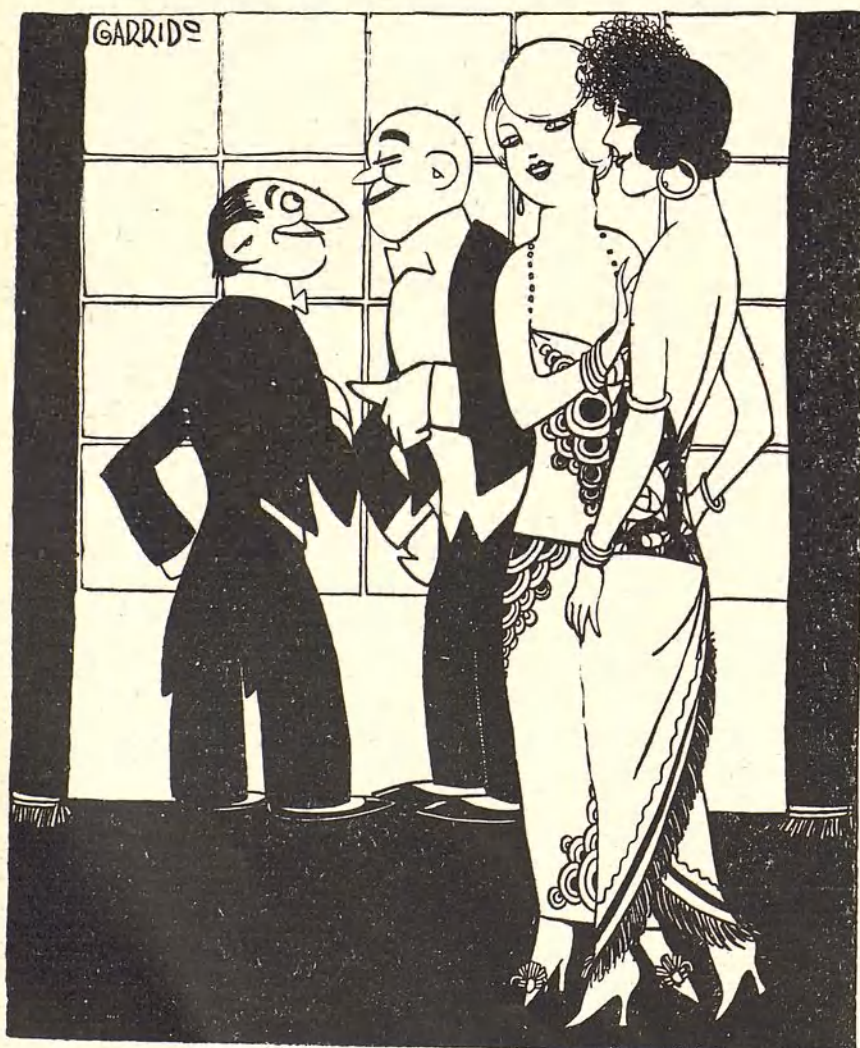
— ¿Te has fijado qué ruido mete esa bola?
— ¡Como que está tocando la bandal!

traño instrumento, sin decirnos nada. El niño señaló resueltamente: «Esta es.» El *inspector* abrió la caja y, ¡claro está!, encontró la perra. El niño se quedó un poco perplejo. Después, con decisión, añadió: «Será ésta, entonces.» El mismo juego y la misma sorpresa. El público empezaba a interesarse por aquello. De nuevo el chico, desconcertado, balbuceó: «Será ésta, o ésta», y señalaba a las butacas siguientes. El momento era emocionantísimo. El *inspector*, por condescendencia, abrió dos aparatos más. Al cerrar el cuarto sin haber podido descubrir el denunciado fraude, se volvió al chico y sin decir palabra le dió una bofetada rotunda. Mientras el chico se tambaleaba, el *inspector* se dirigió al guardia de muy mal talante y le dijo: «¿Puede usted

marcharse!» La *juerga* que se armó en el local fué de las que hacen época. ¿Qué te parece? ¿No crees que es excesivo armar tanto estrépito por unos bombones de anuncio y unas máquinas sacaperras, todo por el valor de diez céntimos? Tal vez por esta imprudencia hubiéramos acabado en presidio.

— Te diré. Primero creo que con este asunto podría componerse una linda fábula inmoral, demostrando cómo el cumplimiento del deber tiene a veces fatales consecuencias. El pequeño vigilante creería haber ganado un ascenso, por lo menos: el de vender bocadillos. El estaba seguro del fraude, su denuncia era exacta. No sólo truncaste su carrera, sino que tu miedo le causó terribles daños materiales. En segundo lu

gar te diré que, en cierto modo, puede justificarse la actitud de la Empresa del elegante salón. Imagínate que el *inspector* o el *pequeño vigía* llenarán todas las tardes los aparatos de bombones de anuncio y de pequeñas muestras de jabón medicinal, perfumes y pasta dentífrica. En el cine habrá, por lo menos, quinientas butacas. Pues tengo la seguridad de que por las noches, al acabar la función, ven cómo están vacíos todos los aparatos, y en todos ellos encontrarán seis perras auténticas y candorosas, una de Isabel II, otra de Víctor Manuel I, y una sin filiación, marca ni metal conocido, una especie de chapa anónima y desigual. La gente guarda para esto y para la Fiesta de la Flor las perras gordas inservibles. Esa gente es más honrada, por cuanto deja en lugar de lo que se lleva, algo que en peso, calidad y volumen puede parecer una moneda de diez céntimos. Pero ¿y los demás? ¿Y los que con una horquilla o cualquier otro medio artero roban el contenido de los cuatrocientos noventa y un aparatos aproximadamente que están abiertos por la vía ilegal? ¿Es que la gente roba y destruye por el afán de destruir y de robar siempre en las cosas nimias? ¿No puso la Empresa del teatro Romea, de Madrid, unas perchas en los respaldos de las butacas para colgar los sombreros, en las que, sin desembolso alguno, sólo había que tirar de un hierro para estar la percha en condiciones de merecer? Pues hoy apenas si hay alguna percha que no esté rota y forzada. Ignoramos, ignoraremos siempre qué se propondrán con eso. Yo he conocido casos terribles de estrago y devastación. En una ciudad veraniega se formó una pandilla de pollos más terrible que una plaga de langosta. Robaban los plomos que había en los atriles de las orquestas para sujetar los papeles, y los vendían al peso por una cantidad insignificante. Cuando la orquesta, inadvertidamente, empezaba a tocar, la brisa marina se les llevaba los papeles en graciosos revoloteos. Asistían a los espectáculos del Casino y se colocaban en butaca de orquesta antes de comenzar la función. Cuando salía la cupletista, sólo le alumbraba la luz de media batería. Las bombillas de la otra mitad habían desaparecido. Es una cosa terrible. Un buen día un amigo os enseñará un cenicero en el que diga «Palacio de Hielo», otro una cucharilla del café Universal, aquél una servilleta de La Mallorquina. Nada se proponen con esto. El cenicero, la cucharilla y la servilleta les son totalmente innecesarios. Pero su hecho obedece a un prurito, del que te podría contar mil casos más. Se llama «el afán de destruir», y debe de tener su centro especial en las sinuosas reconditeces de nuestro cerebro, si no es un microbio que llevamos en la masa de la sangre.



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¿Has visto qué poco elegantes son estos andaluces?

— Si; sobre todo a Frasquito se le despega la etiqueta.

Ayuntamiento de Madrid

José LÓPEZ RUBIO



Dib. LINAGE. — Madrid.

— Le pido una docena, y solamente me da usted seis claveles...

— Sí; pero tenga en cuenta el señorito que se los doy dobles.

Ayuntamiento de Madrid

LA SONORA INCOHERENCIA

No soy un vate del día.
A un pensamiento florido
que no tenga buen sonido,
prefiero una tontería
que se me pegue al oído.

El chinchín de unas cuartetas
a muchos vates enoja.

Los versos de esos poetas
son como algunas pesetas:
no suenan bien, tienen *hoja*.

No hallo mayor diversión
que mecer mi pensamiento
en una composición
que tenga en todo momento
excelente afinación.

No tratándose de cosa
que obligue a *pensar en prosa*,
yo compongo en mi mollera
los versos de la manera
más absurda y caprichosa.

Mezclo realidades mías
a ensueños y fantasías,
a mil simplezas, en fin,
y en el fondo del magín
me atraco de poesías.

Disfruto, pues, en mi mente,
sin que trascienda a la gente,
con ese mágico hechizo,
y con frecuencia me atizo
conciertos como el siguiente:

«Brilla el mar: fiero el pirata,
rayo de fuego y de guerra,
llega a un puerto de la sierra
con la más rica fragata
que flota sobre la tierra.

»Ancho el sol, mudo descende
y va ocultándose ya,
mientras por las calles va
ese individuo que vende
bichos de la mar salá.

»Transita la muchedumbre
cual si arrastrara consigo
la cadena de un castigo,
y el sol transpone la cumbre.
¡Vaya con Dios el amigo!

»En la calma vespertina
que mueve a tomar cerveza,
triste la luna camina.

Cuando duele la cabeza
nada hay como la aspirina.

»Es el momento invernal,
y hace frío, ¡vive Dios!
yo iría esta noche al Real,
pero cuesta un dineral
y estamos a veintidós.

»Pasa a mi lado el placer
brindándose una sonrisa;
pero, hija, no puede ser.
La cocinera nos sisa
y es más urgente comer.

»Por las frondas del Retiro
una dama en un suspiro
muestra el fuego que le abrasa.
Como nos suban la casa,
va a haber que pegarse un tiro.

»Mientras un fiero chacal
en contienda fraternal
se pega con un reptil,
en la timba nacional
se va el gordo a un cinco mil.

»Y entonces surge un doncel
decidido y arrogante,
que monta sobre un corcel,
y como arrea p'alante,
no hay modo de dar con él.

»La dama ve con razón
cuál destruye la ilusión
el doncel con sus ausencias,
y desea un corazón.
Inútil sin referencias.

»Grandes somos los artistas
a las horas de comer,
aun no siendo modernistas;
pero hay que reconocer
que son guapas las modistas.

»Ya se ha aburrido el pirata,
ya vuelve a añorar la guerra;
se hace un nudo en la corbata,
y en el puerto de la sierra
deja una estela de plata...»

Bueno, pues una vez hecho,
en uso de mi derecho,
tan sonoro disparate,
yo me quedo satisfecho.
Y el que quiera, que me mate.

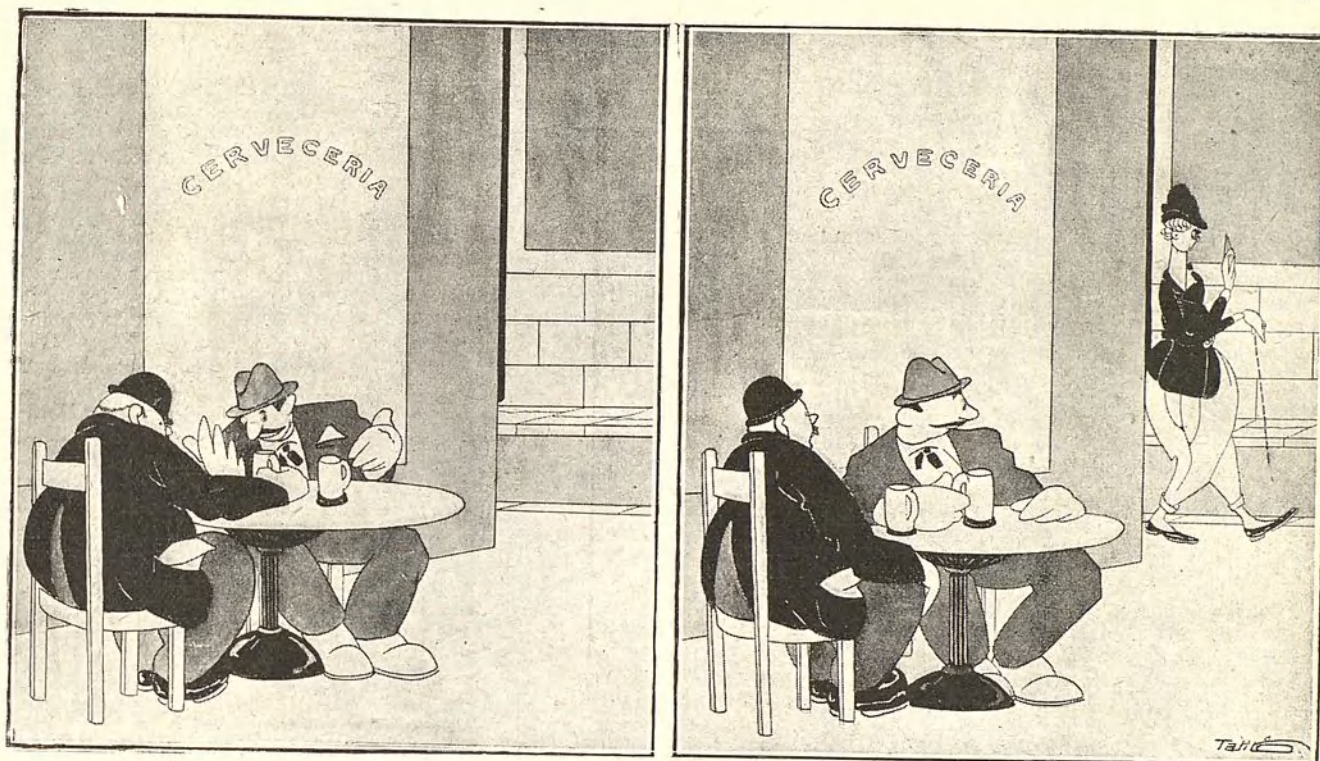
RAMIRO MERINO



UNA HUELGA EN HOTENTOCIA

Dib. BLUFF. — Madrid.

— ¡Y que nos tengamos que quedar en la calle por culpa de ese par de amarillos!...



— Le apuesto a usted un billete a que lo primero que pasa por la esquina es hombre.
— Y yo, a que es mujer.

LOS DOS A UN TIEMPO. — ¡¡Apré!!!...

Dib. TATITO. — Zaragoza.

RELATOS MARAVILLOSOS

(TRADUCIDOS DEL NORTEAMERICANO)

LA MUERTE QUE SE RETRASA

La estupenda historia que les voy a referir a ustedes sin llevarles ningún dinero por ello, lo que me acredita una vez más de espléndido y generoso, sucedió, pasó, tuvo lugar, se verificó, tuvo la comodidad de ocurrir (o como ustedes quieran, que a mí me es lo mismo, y lo sé decir de la mar de maneras) en la bonita ciudad de Toronto. Toronto es, en efecto, una ciudad preciosa, a la cual no se puede ir a pie desde España porque en medio se encuentra el Océano para estorbarlo, pero a la que se puede ir en barcos de esos que van casi llenos, y hasta en barquillos rellenos, si ustedes prefieren el pequeño tonelaje al gran desplazamiento.

Toronto (¡y van tres!) tiene el encanto de la modernidad, la belleza del progreso, la ruidosa alegría del ganar dinero sin trabajo (sistema Romanones). Allí va usted cesante y pide un destino, y le colocan en el acto, salvo a los cómicos, que los suelen colocar en el entreacto, pero que los colocan, y es igual.

Allí pone usted un *tupí*, y la gente toma café sólo por darle a usted gusto y hacerle rico a las dos semanas. Allí abre usted una zapatería, y la parroquia le da a usted pie para que se convierta en el rey de la suela doble en menos de un lustro. ¡Con decir que se paga dinero por oír misa, y hasta por no oírla, porque hay una infinidad de sacerdotes afónicos (no sé por qué), creo que se darán ustedes una idea de que Toronto y Jauja son hermanos gemelos, primos carnales, compañeros de colegio, sindicalistas del único, o algo equivalente!

En Toronto goza la mujer de idénticas consideraciones que el hombre: hay borrachas, *albañilas*, abogadas, concejalas, enterradoras, *verdugas*, policías, profesoras de equitación, maquinistas de ferrocarril, un montón de cocheras y dos o tres *garages* nada más. El año pasado hubo un alcalde hembra (el primer alcalde de ese sexo que ha habido en el mundo), y hace poco ha terminado la carrera eclesiástica una distinguida dama que también es la primera cura

que se ha hecho en Toronto, y por cierto con muy buenos resultados. Esta sacerdotisa es tan guapa, que la gente se pega de cachetes por verla oficiar; y desde que ella hace el sacrificio a Jesús, hay que hablar con Dios para poder entrar en la iglesia, hasta tal extremo, que la llamada misa de doce es en Toronto misa de cuatro mil dos doscientos veintitrés, que son los socios que caben (apretándose un poco unos contra otros y todos contra la *presbítera*) en el templo referido.

Pues bien: en esta población ideal tuvo la fortuna de nacer, hace ciento catorce años, Samuel Peters, cuya historia es el objeto de estas cortas líneas, que estoy escribiendo con unos trabajos de los que ustedes no se pueden dar idea, porque hoy estoy mucho más torpe de pluma y con más serrín en la cabeza que de costumbre.

Samuel Peters fué bautizado con agua de Colonia y con aceite filtrado; al confirmarle le dieron el bofetón con la mano calzada con un guante de piel de Suecia, y la primera comunión la tomó con un pollo con tomate. Una echadora de cartas le vaticinó una vida larguísima, y la familia de Peters lo creyó tan a pie juntillas, que no le mandó a la escuela hasta que cumplió los treinta años. Pe-

LAS COSAS DE LOS TEATROS

MARCELINO

¡Pobre Marcelino! ¿Recuerdan ustedes de su infancia aquel cantar de Marcelino, que iba a buscar, provisto de su jarro correspondiente, un poco de vino, y que durante el viaje rompió el envase?

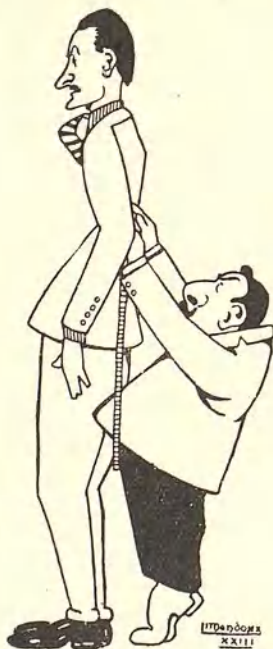
«¡Pobre jarro, pobre vino, pobrecito Marcelino!»

Pues este desdichado hombre se nos presentó el martes pasado en la Comedia.

Resulta que Marcelino era Valeriano León, y resulta también que los infortunios que le atribuía la copla eran tortas y pan pintado si se comparan con los que tiene que soportar estos días. Desde un calor asfixiante en el teatro hasta un pijama de fantasía y unos sinapismos en lo gordo de las pantorrillas. ¡Menos mal que eso de lo gordo no puede achacarse a Valeriano León, y mucho menos en las pantorrillas!

Pero créanme ustedes que es un dolor. Un terrible dolor enterarse de lo que le sucede a Marcelino, y otro dolor pensar que Paco Viú, que hasta hace poco era tan buen chico y estrenaba excelentes comedias, nos resulta ahora un émulo de Muñoz Seca, en el aspecto perverso del simpático D. Pedro.

Lamentemos sinceramente el rumbo emprendido por el autor, y lamentemos también las desdichas del pobre Marcelino.



Dib. LIMENDOUX. — Madrid.

— Espere un momento, don Benito, que para tomarle a usted la medida del cuello he mandado al botones por un cohete.

lino, que a todo llegaba tarde. ¡Hasta a la Comedia!

¿Ustedes creen que en mitad de junio se puede estrenar en Madrid una obra en tres actos?

"A PRIMA FIJA"

Y ya que hablábamos antes de Muñoz Seca y nos referíamos a su aspecto perverso, permítasenos contar una anécdota del autor de *La venganza de don Mendo*, que demuestra su buen humor eterno.

Ustedes saben que el gracioso Perico es empleado público en la Comisaría Regia de Seguros, además de ser abogado; pero no saben cómo logró la colocación.

Nuestro hombre quería un destino fijo y se enteró que se sacaban a concurso varias plazas en la Comisaría Regia mencionada.

Era preciso presentar el título de licenciado en derecho, haber escrito libros sobre seguros, etc., etc.

Nuestro hombre entregó su título, los documentos precisos, y además se declaró autor de un libro: *A prima fija*, advirtiéndole que estaba agotada la edición.

La simpatía, la popularidad, el talento de Muñoz Seca y además el reunir los indispensables requisitos dieron su fruto: alcanzó una de las plazas. Pero pasó algún tiempo y un día el comisario regio llamó a Muñoz Seca a su despacho.

— Querido amigo, se ha olvidado usted de traerme un ejemplar de su interesante libro...

— No; no, señor... No es interesante.

— Sí; me han hablado muy bien de él. Lo quiero conocer.

— Está agotada la edición.

— Pero algún ejemplar tendrá usted...

— ¡Quizás haya en casa! Pero le advierto a usted que no le va a gustar...

— ¡Cómo no! Mañana, sin falta, me lo trae usted. ¡No se le olvide!

Al siguiente día Muñoz Seca dejaba sobre la mesa de su jefe un folletito pequeño en cuya portada se leía: *A prima fija*. Entremés estrenado con gran éxito en el teatro del Duque, de Sevilla...

MUCHOS FADOS

Los artistas lusitanos de la agrupación Portugalía dieron sus funciones, muy amenas y muy concurridas, en el teatro Rey Alfonso.

Se les aplaudió mucho y en justicia.

Un autor español que salía del teatro de ver una representación, respondió a nuestras preguntas:

— ¿Que cómo me ha parecido? ¡Maravilloso! Han cantado muchos fados... ¡Desde el *Fado 31* hasta el cuatrocientos y pico!

JOSÉ L. MAYRAL

ters, por tanto, tuvo la dicha de no saber leer hasta los cuarenta, con lo cual se evitó el enterarse de que escribían Blasco Ibáñez, Azorín, Muñoz Seca y yo, y de que se publicaban *El Debate*, *La Epoca* y *Pulgarcito* (pongo por periódicos infantiles); y como cuando se enteró tenía cincuenta años, dijo que le yera Rita, que era una hermana suya, algo corta de vista y también enemiga de la literatura extranjera.

Samuel se casó a los cincuenta con una joven de su edad, o lo que es lo mismo, que no tenía veinte primaveras, sino que tenía ya las cuarenta y las diez de últimas cuando Peters la invitó a vals. Fueron completamente felices hasta los sesenta y tres años, en que ella dió a luz (muy poca luz) un soberbio niño casi con bigote y murió del parto. El niño también murió del parto (cosa que no había sucedido nunca hasta que sucedió en Toronto) y Samuel se encontró viudo, libre, feliz e independiente a los susodichos sesenta y tres años.

Entonces empezó realmente a vivir. A los ochenta años puso un piso a una bailarina, y a los noventa... no se encontraba un piso ni por casualidad en Toronto, porque todos los tenía ocupados Samuelito con sus apreciables amistades.

No crean ustedes que voy a decir una *torontería* si afirmo que Peters era adorado por todos sus devaneos. Lo era. Las mujeres se pirraban por él, le eran absolutamente fieles y se volvían locas de dolor si él se sentía un poco esquivo.

En esta situación cumplió ciento trece años y cumplió con doscientas veintiséis mujeres (a dos por año), sin que se vislumbra el momento en que el socio cumpliera con otra obligación ineludible, que era la de morir, cosa que no me parece excesivo pedirle a su edad.

Por fin, una de sus más queridas compañeras se la pegó con un panadero. Samuel cogió un disgusto de a libra (pero de a libra de tahona, que ya sabemos que pesan poco) y además cogió un revólver. Se fué con él a un parque solitario y se pegó un tiro.

Y aquí acaba la presente historia.

Y digo que acaba porque Samuel fué reconocido por un médico, calificada su herida de gravísima, curada, al fin, después de grandes luchas con la muerte y de improbos trabajos científicos; y como Samuel, curado ya, continúa viviendo y poniendo pisos como una fiera; y como yo no puedo esperar otros cien años a ver si la *diña* para decírselo a ustedes y concluir este relato de manera decente; y como ustedes opinarán que le den morcilla a Peters y que les deje yo en paz con esta historia, sigo su consejo y termino.

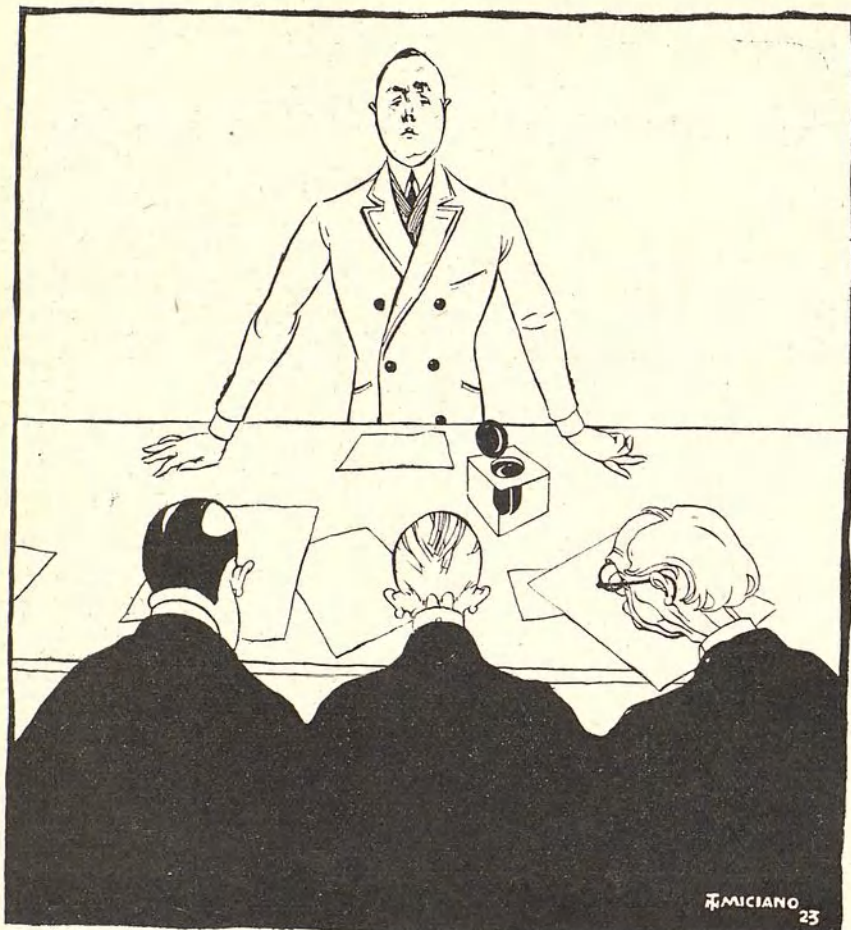
Y doy gracias a Dios, porque de veras creí que no terminaba nunca.

ERNESTO POLO

"Candido Tenorio"

Trasfondo de J. Fernández del Villar, música de J. Guerrero.
Teatro de Estava.





EXAMEN DE DERECHO

Dib. MICIANO. — Sevilla.

— ¿Quiere usted decirme qué es el matrimonio?
 — Puedo darle dos definiciones: una concisa y otra lata. Le daré a usted la lata.

"BUEN HUMOR" EN EGIPTO SE ACABARON LAS MOMIAS

EL TIMO DEL DESENTIERRO

¡AMON RA ha muerto!
 Yo.

¡Viva RAMÓN!
 EL MISMO.

Es tal la importancia de los hechos que van a ser revelados al lector, tanta la transcendencia del hallazgo que nos ha cabido la honra de hacer como digno remate de nuestra campaña de egiptólogos supernumerarios, que con razón se puede afirmar — aunque ello ofenda lógicamente nuestra natural modestia — no haberse realizado en tierras del Nilo, desde Champollion acá, descubrimiento de la magnitud del descubrimiento de

que somos autores, para gloria del siglo y del periodismo satírico español.

Como nuestro cofrade el ya citado *Príncipe de los pasatiempistas*, tuvimos también nosotros nuestra correspondiente piedra de Roseta. Fué ella una estela funeraria empotrada en la falda de una montañuela líbica — ¡siempre las faldas! —, a cuya sombra veíamos a una almea hacer jeroglíficos con los pies. El ojo de Horus vertía su lágrima lapidaria frente a un disco de Ra, como si llorase porque le hubieran quitado el monóculo.

— ¡Oh, no — profirió compungidamente mi compañero de expedición —, es que no puedo, no puedo ver llorar a nadie!

Y sacando el pañuelo — aquel glorioso

ayuntamiento de Madrid

so pañuelo pasado a la Esfinge por las narices — fué a enjugar con él el llanto de Horus.

Instantáneamente — ¡oh lámpara maravillosa de Aladino!, ¡oh ensalmo de Alí Babá! — la piedra giró como sobre goznes, y un botones negro, abriendo las medias puertas de un ascensor y viniendo a mostrarnos su cogote con reverencia suma,

— Tengan los señores la bondad de pasar — nos dijo —. El señor subgerente espera a los señores.

— ¿El señor subgerente? — preguntó estupefacto mi compañero.

— ¡Sí, hombre, es claro — subsané yo —, el señor subgerente!... ¡Adiós, bella almea! — dije a la bailarina, que se había desmayado en nuestros brazos, depositándola en el suelo —. Si ves que tardamos y tú no vuelves, no vaciles en llamarnos, ¿lo oyes?

El *subeibaja* se cerró tras de nosotros, descendió durante unos segundos y se detuvo frente a una gran mampara roja, que el libreilla empujó para que pasáramos.

Al fondo de un despacho muy *Tío Sam*, y tras un *bureau muy lo mismo*, se alzó a nuestra entrada la calva de la subgerencia, rutilante como el encáustico del piso y del propio color amarillo claro de todo el mobiliario, como si fuese una pieza más de éste.

— ¿Qué tal, señores? Siéntense. No les esperaba a ustedes tan pronto... Porque ustedes son, me figuro, los recomendados de *The Times*, ¿no?

— Sí, señor; los recomendados de *The Times*.

— ¡Oh, muy bien!... ¡Tanto gusto!... Y ¿qué es, díganme, señores, lo que desean descubrir ustedes?

— ¿Lo que deseamos descubrir nosotros?...

— Justamente. ¿No es ése el único objeto de su viaje?

— ¡Ah, sí; eso es! Pues nosotros..., nosotros, la verdad...

— ¿Acaso se hallan aún indecisos sobre la clase de descubrimiento que desean hacer? ¡Oh, muy bien! Les enseñaré a ustedes el catálogo. Tenemos descubrimientos de todas las clases, descubrimientos de todos los precios, desde el sencillo escarabajo anepigráfico al templo enterrado o la ciudad desaparecida o desconocida. Tenemos dispuestos para ser descubiertos mañana mismo, ahora mismo, faraones de todas las dinastías, colosos de todos los tamaños, colosos cantantes de todas las tésituras, ruinas mayores y menores, esfinges sueltas y esfinges en avenida, lámparas ardiendo desde hace más de seis milenios, frutas y granos muy anteriores a Jesucristo y en perfecto estado de conservación, obeliscos a la medida y pirámides completamente inéditas... Tenemos también un surtido inmenso en amuletos mortuorios de todas las especies, valiosos pedruscos de todas las procedencias y un gran saldo de momias de munición.

Los templos caídos, las ciudades en ruinas y las tumbas completas, con todos sus accesorios, a precios convencionales... Elijan, señores... Hay donde escoger, como ven ustedes. ¿Qué les parece este hipogeito?... Este hipogeito, por tratarse de dos recomendados de *The Times*, se les podría acaso poner hasta en siete mil libras.

— Es demasiado... Yo me conformaría, por ejemplo, con descubrir un rey pastor. Un rey pastor, necesariamente, habría de salirme más barato.

— Y yo me conformo — dije — con la mujer de Putifar.

— ¡Oh, casi nada! ¡Un rey pastor! ¡La mujer de Putifar! ¿Ustedes saben lo que quieren? ¿Ustedes saben lo que a la casa le costaría servir tales dos pedidos? ¡Ah señores!... Voy a decirles una cosa: ya no hay momias, ¡ya no queda una sola momia! Griegos, romanos, árabes, cuantos pueblos posaron aquí su planta, se entregaron, como el indígena, febrilmente a la remoción del suelo egipcio en busca de quiméricos vellocinos; más tarde, desde el siglo XIV, en que Elgamar, médico israelita de Alejandria, usó el polvo de momia como droga, hasta principios o mediados del XVIII, las necrópolis vinieron siendo despobladas por los judíos levantinos, que, convertidos en negreros de cadáveres, y en fabricantes de ellos después, cuando faltaron o escasearon, los exportaban y diseminaban por Europa como preciosa materia prima de tinturas, bálsamos y elixires; sobrevino luego la moda de las antigüedades, y otra vez se entró a saco en el valle del Nilo para surtir de ellas los museos, las galerías particulares, las chamarilerías... Por último, como una nueva plaga de Egipto — tal vez la más asoladora —, los egiptólogos invaden el país, piqueta al hombro, y se alzan con las rebañaduras. No queda aquí sino lo que no hay grúa que levante ni barco que transporte... ¿Podían resignarse, díganme ustedes, las nuevas generaciones de egiptólogos a la oscura inacción a que les condenaba la falta de existencias descubridoras en los antiguos dominios faraónicos? ¡No, no podían!

»Entonces surge esta casa, esta gran fábrica de egipciaquerías, incaiquerías y similares, llamada a ser el universal seno nutricio de las artes y ciencias arqueológicas.

»Gracias a nosotros, hoy puede todo el mundo ser egiptólogo, arqueólogo, sin más que consultar nuestros catálogos y abonar, claro está, por adelantado el importe de los encargos. Puede descubrir un faraón de triple sarcófago en el Valle de los Reyes, o la tumba de un príncipe de Tilantongo en el Oaxaca, o el noningentésimo verdadero pitecantropo en la cúspide misma del Popocatepetl, para asombro de las innumerables Pazguatonías.

»Pero, eso sí, todo ello exige muchísimo dinero, hay que pagarlo bien. Por-

que no es sólo, señores, el coste enorme de la fabricación, son otras mil cosas... Hay que tener a las agencias telegráficas espléndidamente persuadidas de la importancia de los descubrimientos arqueológicos realizados por nuestra mediación. Es preciso asimismo sostener una vasta organización sabueso-masónica, a cuyo cargo corran las muertes repentinas, las desapariciones misteriosas, las picaduras de mosquitos, etc., etc., de que pueden ser víctimas las personas que no saben guardar un secreto...

»En fin, señores, creo que lo expuesto les permitirá a ustedes darse cuenta de que descubrir todo un rey pastor, toda una mujer de Putifar, como ustedes quieren, no es cosa que se haga ni mucho menos con media docena de peniques. Lévense el catálogo, hojéenlo detenidamente, y elijan con toda calma. ¿Entendido?... A sus órdenes.»

El botones negro nos devolvió a la

superficie del planeta y se restituyó a su oficina subterránea.

La inocente almea, junto a la que en el suelo humeaba una colilla, guardaba inmóvil, no obstante, el decúbito dorsal en que la dejáramos cuando abandonó la bipedestación entre nuestros brazos.

— ¡Descúbrete, Pepel! — dije a mi colega desombrándome con grandes muestras de respeto.

— ¡Ah! ¿Te imaginas que la chica está difunta?

— ¡No; descubrámonos ante nosotros mismos! ¡Descubrámonos ante los (¡aaat...chis!)..., ante los grandes descubridores del mundo de los vivos en la tierra milenaria de los muertos! En Necrolandia se ha puesto el sol. Vamos a cenar.

— ¡Esperad! — nos gritó la almea desprivándose repentinamente —. ¡Voy con vosotros!

MANUEL GALÁN



EN CASA DEL ANTICUARIO

Dib. CASTEIG. — Alicante.

UN VISITANTE. — ¿Cómo se ha manchado usted de pintura esa mano?
EL OTRO. — Porque he rozado sin querer un cuadro del Greco.

TITIRIMUNDILLO

En muchas carbonerías de Barcelona se ha puesto un aviso diciendo que no hay carbón.

Es posible que no lo haya; pero que hay cisco en Barcelona, no puede negarse.

✂ ✂ ✂

Entre andaluces.

— ¿Haz visto? En Toró se ha celebrado er centenario der pare Deza.

— ¿D'eza?... ¿D'eza que va por ahí?... Ni la conozco, ni conozco a su pare.

✂ ✂ ✂

— Anoche vi al matrimonio Antúnez, que iba peleándose por la calle.

— Venían de las representaciones portuguesas, y se habían pasado la noche oyendo fados.

— ¿Fados?... Por eso, sin duda, iban en... fadados.

✂ ✂ ✂

«Sofía. — Un golpe de Estado derriba al Gobierno.»

¡Caramba con Sofía, y vaya un modo de dar golpes!

Porque éste ha sido mortal.

✂ ✂ ✂

«Lausana. — Los turcos mantienen sus posiciones.»

¡Naturalmente! Como que hoy día el que logra tener una posición no la suelta ni a tiros.



Dib. CANALES.

— ¿A qué se dedica usted?

— ¿Yo?... A nada.

— ¿Y el otro?

— Trabajamos juntos.



Dib. FRIKAL.

EL CENTINELA. — ¿Quién vive?...
UN BORRACHO. — ¡Un anuncio de la emulsión Scott'...

TITIRIMUNDILLO

Se han abierto nuevas salas en el Museo.

Una de ellas la preside la Mujer de Rembrandt.

Pues lo natural es que la presidiera el marido.

Que así quedaba nombrado presidente de sala, como los magistrados.

✂ ✂ ✂

A propósito de las nuevas salas. Una de ellas está dedicada a los flamencos.

Es de suponer que en primer lugar figurará el retrato de Rafael el Gallo.

¡Porque más flamenco que él... ni Van-Dyck!

✂ ✂ ✂

En un examen de Medicina:

— Para un desvanecimiento, ¿qué se da?

— Eter..., éter...

— ¿Qué más?

— Eter..., éter-minado, porque no sé más.

✂ ✂ ✂

— ¿No sabes? El heroico Regúlez disputó con un desconocido en el tranvía y le pidió una reparación. Entonces el otro sacó la cartera y, en vez de una tarjeta, le ofreció una lista de precios.

— Pero ¿las reparaciones se pagan?

— Es que el desconocido es maestro de obras.

LA "VECHIA ZIMARRA", O EL INFELIZ GABÁN

(Invocación poética a un abrigo que emigra a la popular casa de préstamos de la plaza de las Descalzas, hecha a lágrima viva por su dueño.)

¡Adiós, prenda mía, que al Monte te alejas!...

¡Te vas de mi lado dejándome frío!...

¡Colgada en mi percha, con dos capas viejas, pasaste un otoño, pasaste un estío!

¡Adiós para siempre! ¡Ya no soy tu dueño!

¡En el Ateneo, feliz te lucí!

¡Pero hoy en dejarme tú tienes empeño, y por cinco duros me quedo sin til

¡Prenda querida, con trabilla, que yo en *El Aguila* compré, y con tu forro de lanilla tantos catarros evité!

¡Si ahora mi cuerpo alguno pillá, como abrigarme no podrás, la diñaré, la entregaré, me moriré, me chincharé quizás!

De aquí a media hora ya te habrán tasado, y yo me iré triste de ver que te dejo,

llevando en la mano lo que me hayan dado, que no será mucho, porque eres muy viejo...

¡Adiós, ruso mío, y ven que te aplique

el beso postrero de mi gratitud!

¡Tú has sido un buen ruso..., sin ser bolchevique!!

¡¡El único ruso decente eras tú!!!...

¡Gabán querido, de mezclilla, que en veinte duros adquirí!

¡Por un montón de calderilla voy a dejarte por ahí!

¡Si otra persona te cepilla,

piensa que yo, que te perdí,

tiritaré,

me enfriaré,

y toseré

y el ridículo haré

sin til...

José ESPRONCEDA

(No confundirle con el ilustre poeta del mismo nombre y apellido que falleció hace poco.)

EL SUPPLICIO DE LA TERRAZA

Acabada la cotidiana labor salimos en busca de esparcimiento grato que proporcione descanso a nuestro espíritu y a la vista solaz.

Nada más propicio, a nuestro parecer ingenuo, que la terraza de un café céntrico.

Ante ella desfilan hermosas mujeres de todas las edades, de todos los tipos, de todos los tamaños. A pie, taconeando gráciles y sugestivas, las modistillas gentiles, las taquímeas ágiles y airo-sas; provocativamente reclinadas en el imponente Rolls, las mundanas pomposas. Estiradas, para que nadie las pise, en esos automóviles-escupidera de nuevo rico, que cuando pasan a nuestro lado nos sugieren la idea de sacudirles dentro la ceniza de nuestro cigarro, las burguesitas que empiezan a manosear los billetes grandes, con los que se compran en seguida una pianola, un *lulú* y un auto de ésos... Y al margen de tanta mujer linda, el incesante cruzar de motos, tranvías, autobuses, simones...

Cuesta un triunfo hallar una mesa libre en la terraza de un café céntrico. ¡Ah, pero cuando se halla!... Es inútil que el camarero, cuando llevéis una mísera hora *aplastados*, se acerque a decirnos con un tono amable que no empareja con su gesto agrio:

— Perdone, señor, pero me tengo que retirar...

Os limitáis a pagarle y a adoptar una postura más cómoda para prolongar vuestra contemplación un par de horitas más.

Esta es la parte agradable de la terraza.

Lo horrible, lo que deja al nivel de un cosquilleo pueril el acreditado suplicio del amigo Tántalo, es lo que sigue.

Apenas os habéis sentado, apenas con un ¡ahl de satisfacción comenzáis a desquitaros de la pesadumbre que la diaria tarea os produce, el «¡Ahí va, ehl...» de un húmedo e iconoclasta si que comunista manguero de la *eme hache villa*, os hace dar un bote, que en un concurso de hojalateros tendría mención honorífica, poniendo en peligro el equilibrio de vuestro velador, sin que así y todo evitéis que os salpique las botas el recio chorro de la potente manga... Pueril accidente. Un limpiabotas, dos, tres, veinte, mil, los rodearán solícitos...

«¿Limpiamos las botas, señorito?»

«¡El rey del briyo, cabayero!...»

«¡Se las voy a dejar a usted como el sol!...»

«¡Lo mismo que un espejo, señorito!»

¡Deslumbrados, alargáis un pie como si os fueseis a tirar por un precipicio. Catorce manos, negras como la conciencia de un acaparador, caen sobre él y os le retuercen en todas direcciones. Gritos de pelea, dignos del Ateneo en

día de conferencia sobre responsabilidades; injurias, más propias de sesión municipal que de limpiabotas cultos; golpes...; ruedan los *establecimientos*, salpicándoos el pantalón con los grasientos líquidos derramados... Por fin, uno de los *limpias*, siempre el peor, queda dueño del campo y de vuestros pies.

Pensáis que podréis beber tranquila-

mente vuestra cerveza. Pues resultáis más equivocados que la opinión pública en el asunto de Marruecos.

Tanteando con una garrota imponente, de acerado regatón, os atropellará una ciegucecita, de crónica hinchazón abdominal y destemplada voz, gritándoos desgañitada a la vera del tímpano:

«¡Hay que ver, hay que ver, hay que ver!...»



Dib. URIBE. — Madrid.

— ¡Desgraciada!... Mientras yo apostaba, tú flirteando con Enrique.

— ¡Claro!... Pero era para que tú fueses afortunado en el juego.

Ayuntamiento de Madrid

De nada os servirá redimiros con una moneda del apocalíptico concierto. Por el lado opuesto, un fornido, colorado y arrogante mendigo, de abaritonada voz, os chillará:

«¡Si tu balcón se cayeraaaaa
y debajo me pillaraaaaa!...»

Pese a vuestros buenos sentimientos, pensáis que si lo que dice el cantable se realizase, no lo consideraríais como una desgracia. Aturdidos, volvéis la ca-

beza en otra dirección. Y he aquí que vuestra espantada vista tropieza con el inevitable quinteto, que forma en amenazadora y estratégica ala ante vuestro veíador. Gruñe el violón, falla en dos trémolos la flauta asmática, chilla con chillido de rueda de tranvía sobre riel reseco el violín absurdo, y una vieja costrosa y purulenta se *arranca* con el fox permanente y trágico

«¡Oh vizcondesa gentill
¡Oh baronesa ideall!...»

Cortáis con un aplauso la *melodía*, con un aplauso rabioso que suena a bofetada. Pagáis, sin dar propina — tal es vuestra distracción —, y deshechos, vencidos, con la cerveza a punto de salir en bilioso surtidor por vuestra nariz, salís corriendo, desalentados, ciegos, locos, al borde de la epilepsia...

¡Y hundís vuestros zapaños lustreros en el primer charco de la calle!

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO

Concurso de pasatiempos del mes de mayo

Soluciones a los pasatiempos publicados en el mes de mayo:

1. Ave que vuela, a la cazuela. — 2. Quiterio. — 3. Caracola. — 4. La comida de las fieras. — 5. Salvatella. — 6. ¡Parroquiiana, rabanitos! — 7. Cuarto de baño, ascensor. — 8. Cordero. — 9. Antártico. — 10. Puensanta de Palma. — 11. Astracán. — 12. Eremita. — 13. Cortapisa. — 14. Comayagua. — 15. Motolita. — 16. Manolo. — 17. Comerciantes.

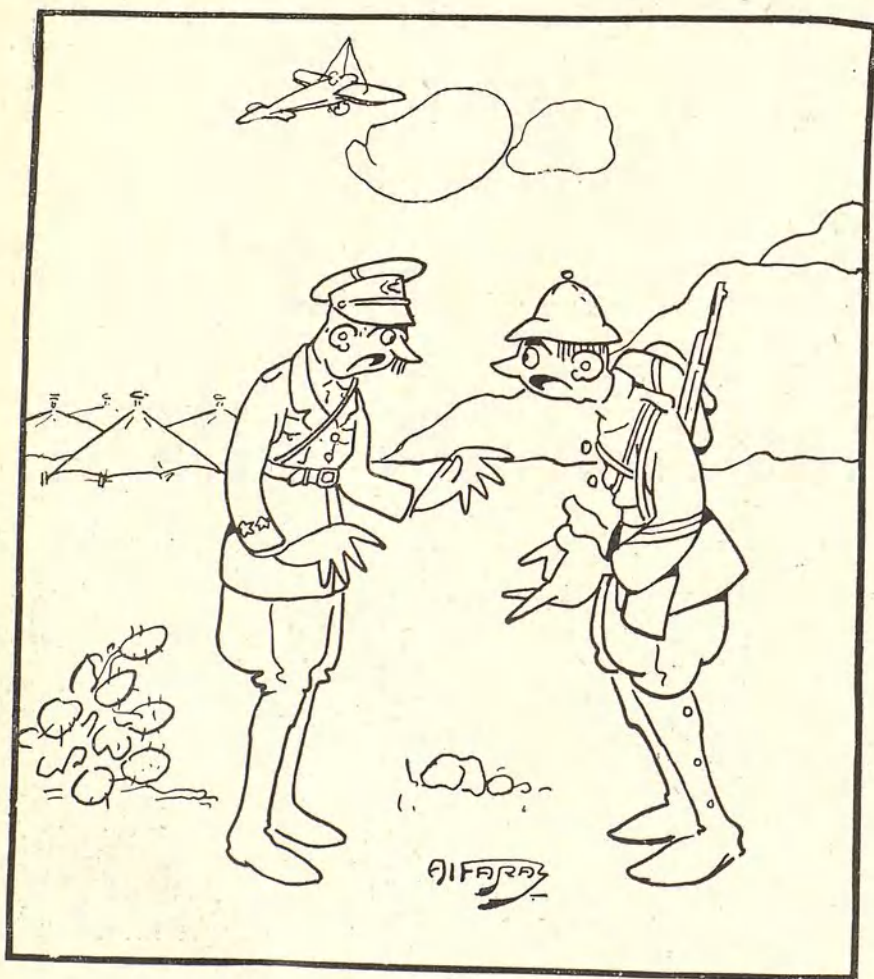
18. Mondadura. — 19. Llorar. — 20. Sobremesa. — 21. Apenas. — 22. Alburno.

Examinadas las doce mil cuarenta y cuatro soluciones recibidas, hemos separado como exactas las setenta y nueve que firman los pierdetiempos relacionados a continuación:

1. María Teresa Ruiloba. Jerez de la Frontera. — 2. José María de Soroa. Conde de Xiquena, 8, Madrid. — 3. Agustín Hernández. Galileo, 8 cuadru-

plicado, Madrid. — 4. Manuel Ofedo. Conde Duque, 8, Madrid. — 5. Miguel Casas. Trafalgar, 5 duplicado, Madrid. — 6. Servando García García. Fernández de los Ríos, 40, Madrid. — 7. Edicta Alvarez. Portugalete. — 8. Conchita Lorenzo. Madrid. — 9. Carlos Fernández Canela. Marqués de Urquijo, 3, Madrid. — 10. Enrique Revilla. Rodríguez San Pedro, 24, Madrid. — 11. María Nieves González. Portugalete. — 12. Marcos González. Portugalete. — 13. Francisco Molina. Málaga. — 14. Emilio Alvarez Alzaga. Factor, 16, Madrid. — 15. José Alvarez. Doña Urraca, 8, Madrid. — 16. Carlos Rivera. Génova, 31, Madrid. — 17. Alejandro Blanco. Gijón. — 18. Bautista Hernansaiz. Picazo, 4, Puente de Vallecas. — 19. Guillermo Miller. Lagasca, 48, Madrid. — 20. Marichu Peyrona. Serrano, 36, Madrid. — 21. Adelita Peyrona. Plaza de la Alameda, 3, San Sebastián. — 22. Luis Cancio. Valladolid. — 23. Concepción Flecha. Hermosilla, 11, Madrid. — 24. Manuel Tarodo. Avemaría, 46, Madrid. — 25. José Irureta. Guzmán el Bueno, 43, Madrid. — 26. Manuel Lorente. Bilbao. — 27. Alberto Peyrona. Serrano, 36, Madrid. — 28. Justo Espinosa. Jerez de la Frontera. — 29. Ángel Martín. Portugalete. — 30. Antonio García Suelto. Eloy Gonzalo, 22, Madrid. — 31. F. L. Crespo de Tejada. Madrid. — 32. Arturo Tamayo. Princesa, 64, Madrid. — 33. Santos Varela. Bilbao. — 34. Antonio Izquierdo Tamayo. Quintana, 25, Madrid. — 35. Juan Garmendia. Portugalete. — 36. Teresa Rivera. Conde de Aranda, 18, Madrid. — 37. Ventura Vizcaino, López de Hoyos, 84, Madrid. — 38. Juan Ruiz Sánchez. Divino Pastor, 5, Madrid. — 39. Alejandro Salcedo. Espíritu Santo, 35 triplicado, Madrid. — 40. Servando F. Borbiela. Ceuta. — 41. Rafael Arizcun. Zurbano, 20, Madrid. — 42. Juan José Arnilla. Ujo (Oviedo). — 43. Nieves Alonso. Santa Cruz de Marcenado, 20, Madrid. — 44. María Alonso. Santa Cruz de Marcenado, 20, Madrid. — 45. Luis González Alegria. Portugalete. — 46. José García de la Sota. Portugalete. — 47. José Marcos Domínguez. Caja Postal de Ahorros, Madrid. — 48. José Ventanilla. Fermín González, 10, Madrid. — 49. Ramón Rivas Martín. Luna, 19, Madrid. — 50. María Teresa de Otadúy. Portugalete. — 51. Fernando Pastor Camarero. Toledo, 42, Madrid. — 52. Alberto Martín Ferreras. Pez, 10, Madrid. — 53. Manuel García Reyes. Glorieta de Atocha, 8, Madrid. — 54. J. Rodríguez Orta. Portugalete. — 55. Amparito García Naranjo. Portugalete. — 56. Adolfo Martín Alvarado. Málaga. — 57. Magdalena Yarra, Sandoval, 23, Madrid. — 58. Luis Gómez Méndez. Princesa, 60, Madrid. — 59. Pedro Hernando. Galileo, 8, Madrid. — 60. Diego Tejerina. Eguilaz, 3, Madrid. — 61. J. Hidalgo. Barcelona. — 62. Santiago Escudero. Argensola, 3, Madrid. — 63. Joaquín Curufichet. Infantas, 34, Madrid. — 64. Fernando Gutiérrez Alamillo. Mediodía Grande, 9, Madrid. — 65. Elena Jiménez Castro. Plaza de España, 4, Madrid. — 66. Emilio Riñón. Madrid. — 67. Alfonso Alvarez. Zurbarán, 11, Madrid. — 68. Clemente Rodríguez. Pizarro, 22, Madrid. — 69. Rafael Gómez. Princesa, 60, Madrid. — 70. José Jiménez. Conde Duque, 3, Madrid. — 71. Sebastián Díaz. Bolsa, 16, Madrid. — 72. Bernardo Revilla. Rodríguez San Pedro, 24, Madrid. — 73. Antonio Herrera. Santa Lucía, 3, Madrid. — 74. Enrique Aparicio. Princesa, 6, Madrid. — 75. Javier Mendiguchía. Los Madrazo, 18, Madrid. — 76. Paz Pérez González. Olivar, 19, Madrid. — 77. Emilia Isasti. Bilbao. — 78. María Blanca Gómez. Portugalete. — 79. Mario de Isla. Valladolid.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 20 del actual.

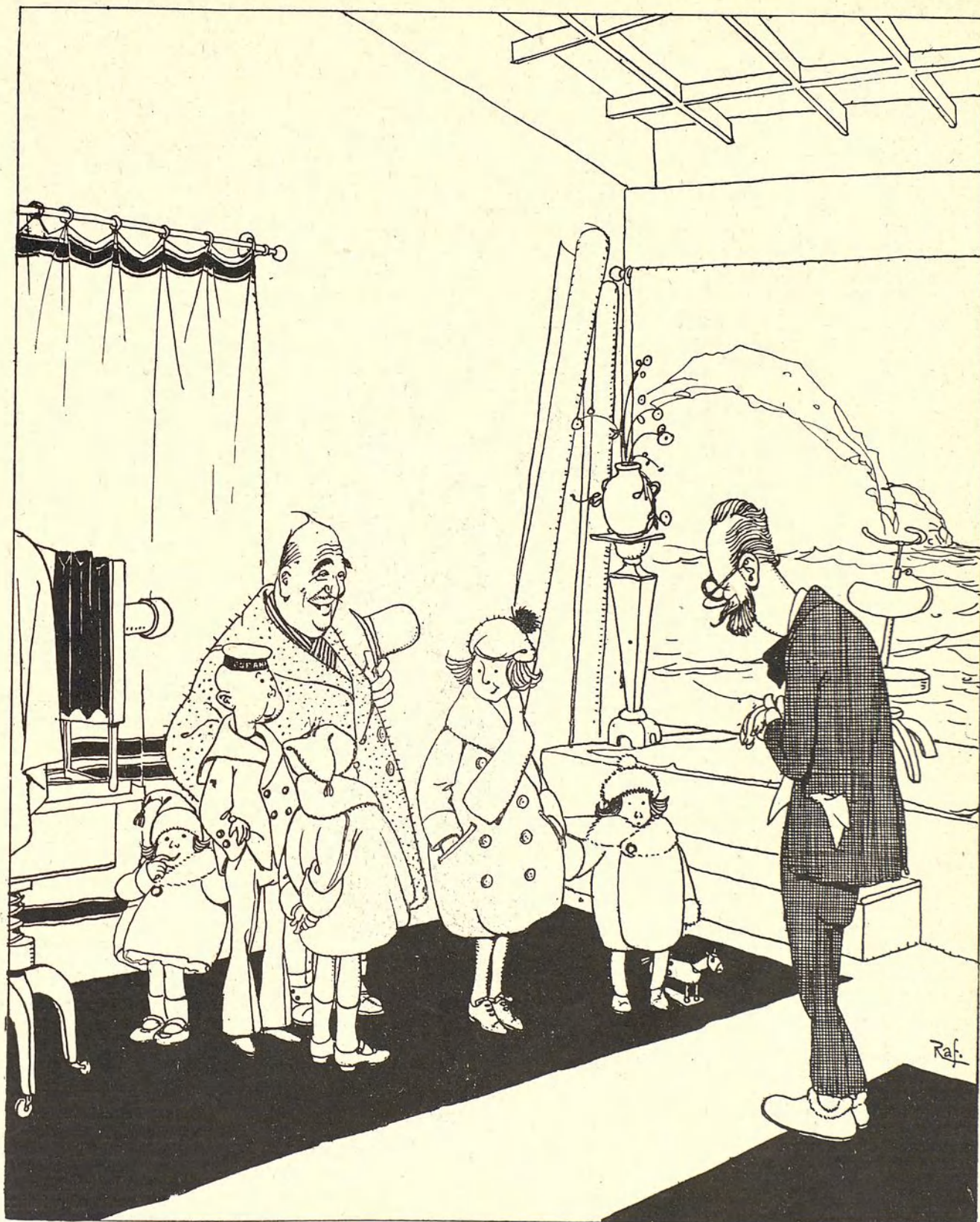


Dib. ALFARA. — Madrid.

— Mi capitán, el ala derecha de nuestro ejército va a ser copada. ¿Qué hacemos?

— ¡Qué vamos a hacer: ahuecar el ala!

Ayuntamiento de Madrid



- Quiero saber cuánto me va usted a cobrar por unos retratos de los chicos.
- Veinticinco pesetas la media docena.
- En ese caso volveré el año próximo, porque todavía no tengo más que cinco.

Dib. RAF. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

EL CUPLÉ DE "EL NOVIO"

I

— ¡Vamos, leñe! Es que esta tarde estás más bruta que una garlopa.

— ¡Pero, padre!...

— ¡Pero, narices!... O te metes en la cabeza ese cuplé antes de la noche, o lo que es las alubias se han despedido de ti esta noche para un largo viaje.

— Es que el aire no me entra.

— Por eso te digo que te despidas de las alubias.

— Vamos, Sidro, no atontolines a la chica.

— ¡Anda, Saboriti! ¡Qué defensora te ha salido!

— Mi madre.

— Bueno, pues te has salido de madre. De modo, que me gasto las *beatas* en que te den lección, me pongo en ridículo ante los amigos por si vas a ser o no cupletera, se te confecciona un traje de luces que ni Marcial Lalanda, se te enseñan las formas de que tú enseñes las tuyas sin que se nos sonroje el cogote a tus progenitores, y cuando estamos a punto de coger el fruto de nuestros afanes, me resultas que para aprender cuplés eres la estatua de don Jaime primero el *Conquistador*. ¡Que no, ea, que no! O te aprendes eso de que tu novio es zaragatero, dicharachero, bullanguero y buñolero, o te deslomo primero y después vuelves a la fábrica de hacer botones para un rato largo. ¡Pitorreos, no!

— Bueno, padre, voy a ver si me sale.

— Tú verás.

(*Cantando.*)

— Es mi novio bullanguero,
es mi novio zapatero...

¡Ya me equivoqué!...

— ¡Lo ves, cacho de bestial!

— Déjala, hombre. ¿Qué más da que sea buñolero, que zapatero, que colchonero?

— ¡Anda, diez! Es que la letra tiene, al respectivo de los buñuelos, su retruécanylo de gracia, y si el novio de ésta, en vez de hacer churros pone medias suelas, pues que se ha chafao el *quí pro cuo*.

— Es mi novio bullanguero,
es mi novio buñolero,
es mi novio cacharrero...

— ¡Ciptriana!...

— ¡Padre!...

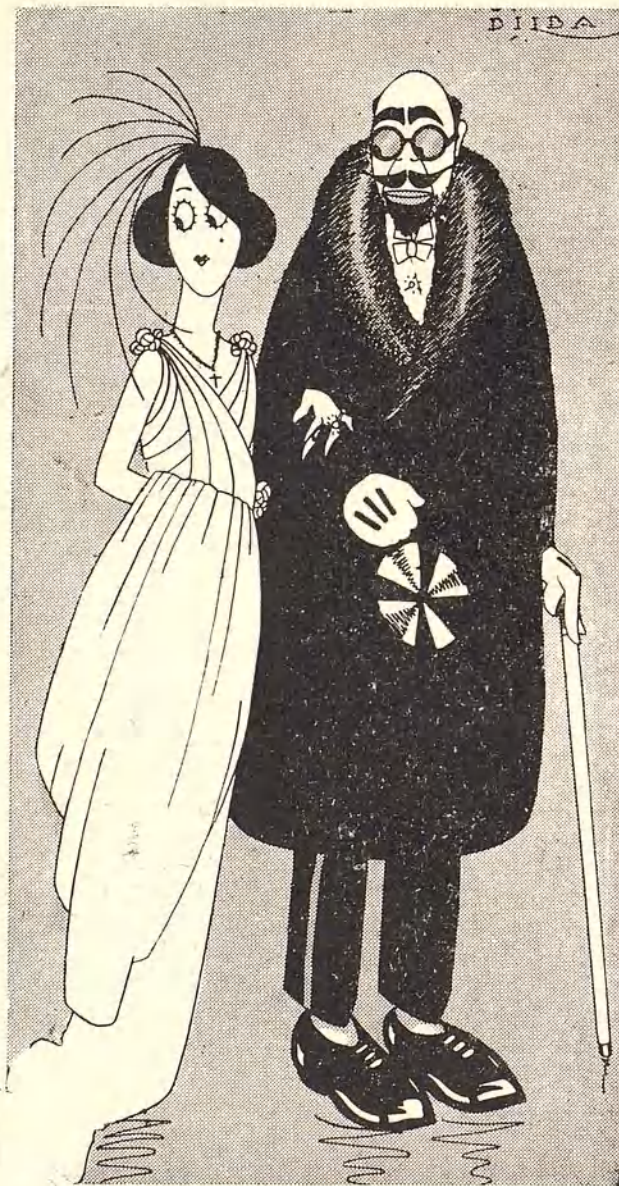
— ¡Zas!...

— ¡Ay, ay!...

La futura artista recibe una bofetada de día de fiesta, la madre agarra una cazuela y la estampa sobre la cabezota del censor, éste pesca sobre una botella y devuelve la fineza. ¡El delirio!

II

— ¿De modo que usted es la *Estrella Refulgente*?



Dib. BILBAO. — Madrid.

— Mira la marquesa de Ruendueles cómo presume, y eso que ya tendrá muy a gusto sus sesenta años.

— Pues muy a gusto no los tendrá cuando dice que tiene cuarenta.

— Con permiso de usted, señor empresario.

— No; y sin mi permiso, puesto que usted ya viene a que la contrate con ese nombre.

— Aquí la niña quiere decir que está a la disposición de usted; sólo que se *acerola*.

— Y de repertorio, ¿qué?

— Preciosísimo. Tiene unos cuplés completamente nuevos, que iríase usted de la Raquel y de la Goyal...

— Bueno, me reiré.

— Sí, señor; tengo *El de la capa verde*, *El chaquet atrevido*, *¿Quiere usted que le corte un traje?*, *¿Dónde vas con gabán de verano?* y...

— Hijita, jeso no es un repertorio, eso es el anuncio de una sastrería!

— ¡Jal... ¡jal...

— Está bien el retruécanylo, señor empresario.

— Gracias; la fuerza de la costumbre. ¿Podría yo oír uno de esos cuplés?

— Con mucho gusto.

— Anda, cántale el de *Un novio de entretiempo*.

— Allá va. (*Cantando.*)

— Es mi novio bullanguero,
es mi novio buñolero,
es mi novio, y le quiero,
es mi novio jardinero,
es mi novio...

— Muy bonito, muy bonito pero le veo poco claro. El público se va a quedar sin saber qué es su novio. Yo, en su lugar, le decidiría por que escogiera un solo oficio, y cuando le dominase bien, le cantaría la copla.

— Es decir, que...

— Que por ahora debemos aplazar el *début*.

— Con su permiso. *Amonos*. ¿Lo ves? Te digo que ese dichoso novio del cuplé nos va a dar más disgustos que si fuese de verdad.

III

«*Début* de la afamada cupletista *Estrella Refulgente*. Gran variedad de cuplés.»

Sale la llamada Cipriana en su vida particular, y *Estrella Refulgente* en la oficial, y colocándose frente al público, rompe a cantar:

— Es mi novio bullanguero,
es mi novio zaragatero,
es mi novio cominero,
jardinero, peluquero, camisero,
es mi novio...

¡El delirio! El público no quiere oír más, y prorrumpe en exclamaciones, maullidos, bastonazos y quiquiríquies. La artista se hace un lío, quiere seguir cantando, y lanza gritos; el padre, entre bastidores, se muerde el dedo gordo creyendo que es el puro, y el empresario, ante el temor de que de allí nazca una alteración de orden público, hace bajar el telón.

IV

— ¿Qué hay, señor Sidro? ¿Cómo va esa vida?

— Tirando de ella lo más perramente posible.

— Y la niña..., ¿consiguió, por fin, ponerse de acuerdo en aquello del novio?

— Del todo.

— ¿Y qué resultó por fin?... ¿Qué era?

— ¡Un sinvergüenza! Se ha escapado con él hace dos semanas.

— ¿A hacer género lírico?

— Hombre, la verdad; lo que van a hacer..., ¡no he tratado de saberlo!

A. R. BONNAT

cínicamente pantorrillas? Pudiera ser, ciertamente.

¿Por qué guardaba yo el puño del paraguas en el bolsillo del gabán y dejaba hacia arriba la punta, como el sable desenvainado de un oficial de caballería? ¿Por qué escondía yo el puño, con su cabeza de conejo, como en una conejera? Sería tal vez que el gazapo andaba huido. ¿Por qué no me acerqué al caballero para preguntarle que si el paraguas aquél era suyo?... ¡Bah!... Soy tan corto, que me da rabia de mí mismo...

Este año se casa mi sobrina Paca, y mi sobrina Julia bautiza a su nene. En la boda habrá *m* caballeros y *m* - 1 paraguas; en el bautizo, *p* caballeros y *p* - 1 paraguas; y la historia se repetirá sin duda; pero mi conejito no saldrá de mi bolsillo: que en los funerales de mi tío Mamerto éramos *q* caballeros y *q* - 1 paraguas, y me quitaron una cabeza de lorito lindísima...; y Dios haya perdonado al loro y a tío Mamerto...—
ABDÓN PLA.

El mecanógrafo,
ANTONIO ROBLES

ALREDEDORES DE DON ABDÓN PLA

MIS CUELLOS DE PAJARITA

En una época de mi vida tal vez no muy lejana, yo tenía unos cuellos altos, sin vuelta, que cerraban completamente y dejaban a la nuez en la más completa penumbra, mientras que la corbata daba la vuelta por el exterior como la correa de un volante. ¿Perfectamente comprendido?...

Así me fui a ver la llegada de Loubet.

Y cuando más expectación había — esa expectación que adivinan los ciegos en las llegadas de Loubet y las ejecuciones de reos —, porque el Presidente venía ya por allí mismo, mi nuez dobló muy sigilosamente los picos de mi cuello y se asomó sin decirme nada. Así se me quedó el primer cuello de pajarita de mi vida.

Otro día se me ocurrió ir al cine, porque había una película muy notable: tenía doce episodios; en el séptimo mataban al joven bueno, y había que suspender los otros cinco. Era curioso eso.

Cerca de mí había una señora que subía y bajaba las cejas en una curiosidad supina. Leía parte de los epígrafes, los comentaba con su marido muy interesada, y se excitaba cuando el protagonista se ponía en peligro de muerte.

La nuez oía todo esto; y en una ocasión en que por las frases de mi vecina se había dado cuenta del asunto y se había metido en él inconscientemente, en un momento difícil del joven bueno, me hizo el segundo cuello de pajarita.

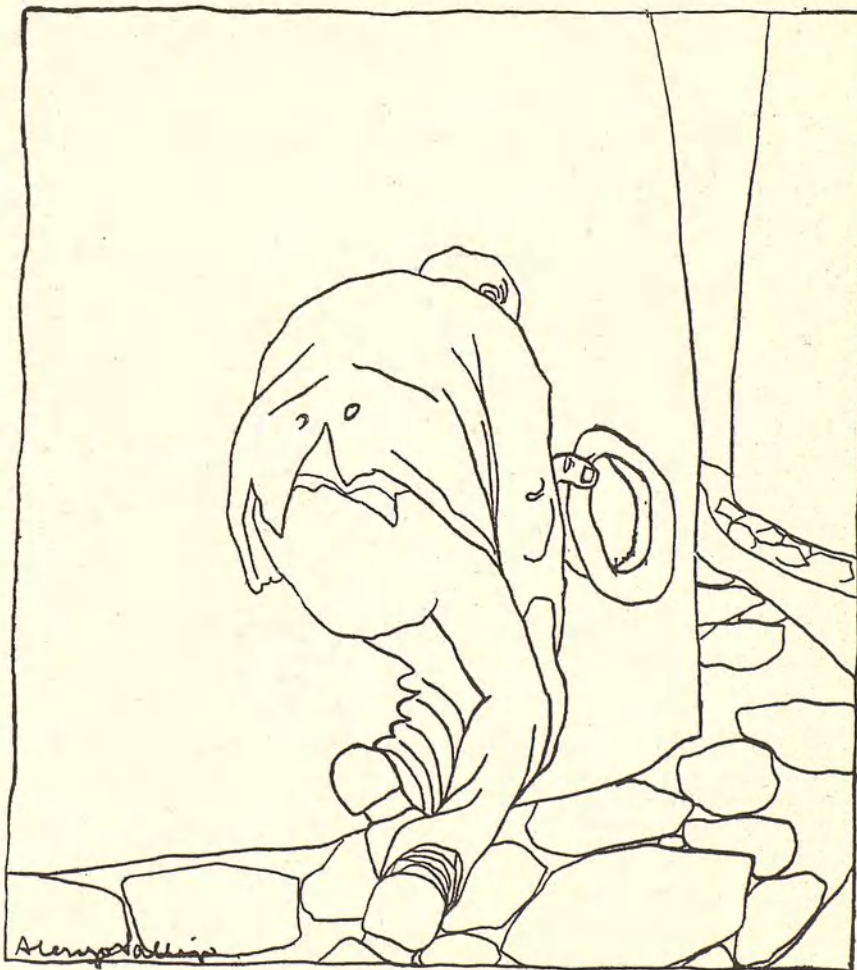
MI PARAGUAS

Os habréis fijado en que unas cuantas bodas del año se celebran lloviendo. Todos hemos asistido, o por lo menos hemos curioseado bodas bajo un paraguas.

De éstas fué precisamente la de mi querida sobrinita Julia.

A ella asistimos *n* caballeros; y como siempre sucede, en ella había *n* - 1 paraguas. Yo era, lo recuerdo, el caballero que no tenía paraguas. Al salir del *lunch*, yo ya tenía paraguas. ¿Cómo? No lo sé. ¿Por qué? Lo ignoro. ¿Es que lo

cogí yo mismo de un rincón de la sacristía? Lo sospecho. ¿De quién era? Nada puedo decir en definitiva. ¿Era de aquel caballero que rebuscaba por todas partes, y por las casullas que había colocadas sobre el mueble corrido de la sacristía, levantándolas como si mirara



Dib. CEREZO VALLEJO. — Pamplona.

— ¡Cuidao que está espesa la atmósfera!... ¡No puede uno pasar!

Ayuntamiento de Madrid

TRAGEDIAS
HISTÓRICAS

EL FALLECIMIENTO DE JULIO CÉSAR

Decoración.— Atrio del Senado romano. En el centro, la estatua de Pompeyo; al fondo, el Palatino; a la derecha, la vía Apia; a la izquierda, el Foro (por primera vez en el teatro).

Al levantarse el telón están en escena Bruto, Casio, Címbel, Casca, Flavio, Marcelo y algunos otros socios. Todos ellos visten amplias togas y son feos por unanimidad. Además de feos, son conjurados; son los conjurados para sacudirle en grande a Julio César. Se hallan formando grupo y hablan en voz baja, como quien lo hace en secreto.

Empieza la acción.

BRUTO. *(Echando una ojeada sobre sus compañeros.)*
¿Estamos todos?
CASIO. Si.
FLAVIO. ¿No falta alguno?
BRUTO. ¿Falta algún ninchi que a nosotros se una?
CÍMBER. Creo que falta Muzo, ese tribuno que se suele sentar en la tribuna.
CASCA. No le necesitamos...
MARCELO. Ese Muzo es mero espectador, y no guerrero.



EN LA VERBENA

Dib. M.L. — Madrid.

— ¡Ande, señorito...; que por este precio es lo mejor que puede usted comprar!...

BRUTO. *(Con ironía.)*
¿Quién afirma que Muzo es solo mero?
Porque yo creo que es más bien merluzo...
(Dándole a Bruto palmaditas cariñosas.)
¡Por Pólux, qué magnífico satírico!
Pues ya veis, se las da de artista lírico...
(A Bruto.)
Aunque al pronto pareces hombre serio, eres el Muñoz Seca del imperio... (1).
(Ligeramente mosqueado por los zurrillos amistosos de sus compañeros.)
¡Basta ya de cobeo, por Diana, que con esos piropos y esas flores le sacáis a la cara los colores hasta a una verde y saltarina ranal...
CASIO. *(Muy afable.)*
Siempre que hablas produces sensación.
CÍMBER. *(Atabilísimo.)*
Eres más exquisito que un bombón...
BRUTO. *(Con rabia.)*
¡Vaya, menos chungueo, o tendré que llamarnos algo feo!
Pero, Bruto, ¿qué dices?
FLAVIO. *(Liándose la toga a lo flamenco.)*
BRUTO. Que se me están hinchando las narices, y si empiezo a guantadas, vais a creer que llueven bofetadas...
Tamaño indignación no la concibo.
MARCELO. *(Más excitado todavía.)*
BRUTO. Es que yo soy más chulo que un tío vivo, y de mí no se chufra este pelanas *(por Címbel)* sin que le extirpe cuatro muelas sanas...
(A Címbel.)
¡Ya lo escuchas, Felipe!
¡Nos ha revacunao... contra la gripe!...
(Se marcha a un rincón con el entrecejo fruncido.)
FLAVIO. Mirad el resultado: se mosquea y tiembla de rencor y de coraje.
CÍMBER. Tiene menos correa que un maletín de mano para viaje.
MARCELO. *(Acercándose a Bruto y hablándole aparte.)*
BRUTO. Bruto, no seas caribe y ven aquí.
BRUTO. ¿Qué pretendes de mí?
MARCELO. Nuestra unión contra César es sagrada.
Ven aquí, bibelot, y no nos estropees el complot por una pollinada...
BRUTO. *(Tras una pausa en que ha estado reflexionando con la cabeza.)*
Es muy justa, Marcelo, tu propuesta; pero si me habla alguno y yo recelo que el joven en cuestión me toma el pelo, empiezo a hacer el indio a gran orquesta... Y es que yo, en lo escamón, salí a mi abuelo *(Marcelo se lo lleva nuevamente a la intimidad del grupo.)*
(Bruto vuelve a ser el de antes, y dice, dirigiéndose a sus amigos.)
¿Estáis dispuestos para el acto, pollos?
CASCA. *(Que es el más bestia.)*
Yo pienso hacerle a César quince bollos en la mitad del cráneo...
BRUTO. ¡Gran programa!
CASIO. ¡A muerte el hombre a quien el pueblo aclama!

(1) La fuerza del consonante obliga a veces a llamar imperio a una república. Por otra parte, ¿qué más da?...

CÍMBER. ¡La ha de diñar, lo mismo que un camello, a los pies de la estatua de Pompeyo!

FLAVIO. *(Sacando un puñal; todos le imitan.)*
¡Juremos que con estos estiletes haremos de él cien gramos de filetes! *(Todos juran.)*

BRUTO. ¿Y por qué le matamos?

TODOS. ¡Por ansioso!

MARCELO. Porque ya se está haciendo sospechoso de querer ser nombrado emperador.

BRUTO. ¿Y hemos de consentirlo?

TODOS. ¡No, señor!

BRUTO. ¡Juráis hacerle un churro?

TODOS. ¡Sí, juramos!

BRUTO. Pues bueno, compañeros, prometamos darle diez puñaladas.

TODOS. ¡Eso, diez!

CASCA. Y démoselas todas en la nuez.

CASIO. *(Mirando por el fondo.)*
¡Silencio! Ya está aquí... *(Guardan los puñales.)*

FLAVIO. ¿Qué?

CÍMBER. César viene.

MARCELO. ¡Qué aspecto de infeliz al pronto tiene!

BRUTO. Disimulemos, pues, nuestra intención, y si atizáis los golpes proyectados, en cualquier bar tenéis por mí pagados unos chicos de Arganda con sifón.

JULIO CÉSAR. *(Apareciendo en el fondo envuelto en la toga.)*
Se saluda, señores... *(Rumores de salutación.)*

CASIO. *(Adelantándose a los demás.)*
¿Cómo va?

JULIO CÉSAR. ¿Qué te cuentas, gran Casio?

CASIO. Chico, na.

JULIO CÉSAR. *(Aparte.)*
Oye, a tí que te gustan las menores: he visto en el Transtiber dos chiquillas que usufructuaban unas pantorrillas... ¡Vaya qué dos diablejos tentadores!... *(Poniendo los ojos en blanco.)*

CASIO. ¿Has dicho tentadores?...

JULIO CÉSAR. ¡Qué guasón!

BRUTO. *(Avanzando contra César estilete en alto, seguido de los demás.)*
Ha llegado el momento...

JULIO CÉSAR. *(Retrocediendo.)*
¡Maldición!...

BRUTO. ¡Socorro!... ¡A mí!... ¡Que a asesinar me van!...

JULIO CÉSAR. ¡Te vamos a matar, que ni en Tetuán!...

BRUTO. ¿Tú también, Bruto?

BRUTO. Yo también; pues, claro..., te descabello sin ningún reparo.

JULIO CÉSAR. *(Cae al suelo envuelto en la toga, que al poco rato es una criba; desfallecido ya.)*
A la fuerza brutal del estilete le da igual una toga que un birrete... *(Abre un ojo desmesuradamente, alarga un pie y la diña con toda sinceridad.)*

BRUTO. *(A sus compañeros.)*
¿Le habéis dado en la nuez con arrebató?

CASCA. ¡Tiene la nuez moscada para un ratol!...

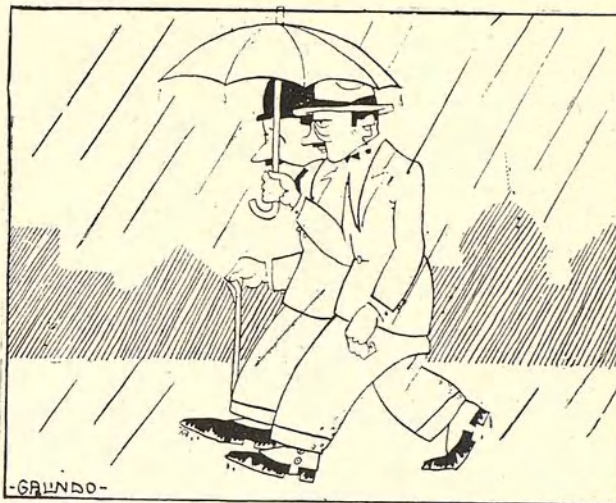
BRUTO. *(Los conjurados marcan un mutis rápido por la derecha.)*
¿Dónde vais tan de prisa en pelotón?

FLAVIO. A tomar esos tintos con sifón... *(Los conjurados se van corriendo; Bruto queda unos momentos pensativo; César, que está muerto, no se mueve.)*

TELÓN

FIN DE LA TRAGEDIA

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. GALINDO. — Madrid.

— ¿Existe algo más embarazoso que un paraguas?

— Sí, señor.

— ¿Qué es?

— Dos paraguas.



Dib. JANSIR. — Madrid.

— ¿De modo que usted no ha trabajado antes en ninguna fábrica de quesos?

— No, señor.

— Pues, entonces, márchese a su casa, lávese los pies y vuelva.

DEL BUEN HUMOR AJENO

LOS DOS CADÁVERES,
por Maurice Dekobra

Cuando acabó la revista, Lepoille y Versusson fueron a la cantina.

— Oye, Versusson...
— Di, muchacho.
— ¿Quieres que pidamos permiso para esta noche?

— ¿Para qué?
— ¿Tú quisieras ir al teatro Municipal?
— ¡Claro!... Pero cuesta muy caro. No tengo más que veinte céntimos.

— ¿Y si yo te llevara sin pagar?
— ¿Eh?... ¿Tú podrías?

— Sí. Yo puedo. Tú conoces a mi paisano, el guardián del Museo Juana de Arco. Pues bien: ése tiene una hermana que está casada con el jefe de maquinistas del teatro... Seguramente habrá sitio. Si yo le pido dos entradas, no me las negará, y veremos la función sin pagar.

— ¡Caray, eso sería estupendo! Yo no he ido nunca más que al teatro ambulante, en la feria de Pithiviers. Ponían una gran función en cinco partes, que era la historia de una especie de florista que estaba enferma y vendía camelias...

— ¡Ah!... ¿La Dama de las Camelias?

— Esa misma. Era muy bonita.

— Bueno; pues lo que hoy vas a ver es un teatro de verdad y una función de verdad. Esta noche ponen *Los gemelos del quincallero*, un drama muy bueno.

— Mira, ahí entra el sargento. Podemos pedirle permiso hasta media noche.

— Sí. Yo se lo voy a pedir.

Los permisos fueron firmados y registrados. Lepoille y Versusson salieron muy contentos del cuartel, que cobijaba a los tres batallones del 195 regimiento de Infantería.

Lepoille y Versusson eran dos buenos soldados disciplinados, respetuosos con sus superiores e incapaces de la menor infracción de los reglamentos militares.

— Son las cinco y cuarto — dijo Lepoille acelerando el paso —. El Museo se va a cerrar. Llegaremos a tiempo de encontrar a mi paisano, que nos dará las señas de su cuñado.

Algunos minutos más tarde estaban a la puerta del Museo Juana de Arco. El portero dijo

que monsieur Civette, el guardián en cuestión, acababa de salir.

— Habrá ido a su casa — dijo Lepoille —. Vámonos. Vive en el ciento quince de la calle de Bœuf-Saint-Paterne.

Poco después llamaban a la puerta del piso, y la señora Civette les recibió: — ¡Ah!... ¿Es usted, monsieur Lepoille? Encontrará usted a mi marido en el café Lamproie. Está allí toda la tarde.

Sofocados de la carrera emprendida, Lepoille y Versusson llegaron al café.

El señor Civette empezaba su partida con dos amigos de la infancia. Lepoille le explicó su caso.

— Nada más fácil, querido — dijo Civette amablemente —. Vete de mi parte a casa de mi cuñado. Se llama Tavusse, y vive en el bulevar Motte-Sanguin, número dos... A estas horas está en su casa. Te dará los billetes para esta noche.

El bulevar Motte-Sanguin estaba al otro lado de la ciudad. Lepoille y Ver-

susson la recorrieron a paso gimnástico, y no pararon hasta llegar al quinto piso. Llamaron. Una chiquilla de ocho años les abrió la puerta.

— Di, pequeña, ¿está tu padre?
— ¿Qué quiere usted?
— Hablar con él.
— No está en casa.
— Estará en el teatro.

Tropezando con todo, llegaron al escenario, y Lepoille descubrió una puerta que daba al almacén de accesorios.

— Me parece que hemos llegado.

Entraron en el almacén, y encontraron, efectivamente, al jefe maquinista y al jefe de accesorios, de conversación. Lepoille se presentó y expuso su deseo.

— ¡Hombre!... ¡Es mala ocasión!... — dijo el jefe de maquinistas —. Los sábados por la noche no se dan billetes de favor. Yo, si pudiera...

— ¡Qué lástima!... Versusson y yo hubiéramos querido ver la función...

— Voy a ver... Esperad. Buscaré al *régisseur*. Tengo una idea.

El jefe de maquinistas encontró bien pronto al *régisseur*, monsieur Saccagnole, y le presentó a los soldados.

— Mire, señor Saccagnole, estos dos jóvenes quisieran ver la función. Se me ha ocurrido que hagan de partiquinos para reemplazar a los maniqués... Harían muy bien los muertos del tercer acto.

Monsieur Saccagnole reflexionó un segundo.

— ¡Nada mejor!... Pero ¿sabrán estos muchachos estar en escena?

— ¡Oh!... ¡Para hacer de muertos!...

— ¡Es verdad!... No hace falta que hayan salido del Conservatorio.

Lepoille y Versusson esperaban inquietos. Era un medio muy original de ver la función.

— Por nosotros, muy bien — dijo Lepoille al *régisseur* —. Solamente quisiéramos saber nuestro papel.

— Mirad. La escena representa un caserío. Es en mil ochocientos setenta; los gemelos del quincallero han sido hechos prisioneros por los prusianos. Hay dos cadáveres de soldados franceses en primer término. La novia de uno de los gemelos, que acaba de llegar de Soissons, los cree muertos y enloquece al ver los soldados... Los dos cadáveres seréis vosotros. Como veis, es bien sencillo.



«CONFORT» MODERNO

— Vale veinticinco mil francos. Tiene ascensor, electricidad, calefacción central, cuarto de baño...

— Entonces, ¿este es el cuarto de baño?

— No, señor; éste es el comedor.

(De Le Rire, de París.)

— Sí — dijo Lepoille riendo —. No es para sudar mucho.

— Entonces, ¿os hace?

— Nos hace.

— Bueno. Venid a las ocho y media en punto. Pasaréis por la entrada de los artistas.

Lepoille y Versusson cenaron muy ligeramente en el *restaurant Espagnol*.

La emoción de este *début* les había quitado el apetito. Sólo verse en escena muertos les llenaba de angustia.

A las ocho y veinticinco llegaron a la entrada de los artistas. En un pasillo, una figuranta señaló su presencia:

— ¡Susana!... ¡Lolotte!... ¡Nini!... ¡Fernanda!... ¡Mirad soldados!... ¡Venid a verlos!...

En un momento, Lepoille y Versusson fueron rodeados de muchachitas que les hacían preguntas.

Lepoille respondió dignamente:

— Somos los contratados para hacer el tercer acto.

— ¿Qué?... ¿Qué?...

— Sí; los dos cadáveres.

Afortunadamente, monsieur Sacca-gnole dispersó el batallón femenino, y los dos primeros actos se representaron con la sala abarrotada de gente.

En el entreacto, el *régisseur* condujo a Lepoille y Versusson a escena, y les

señaló dónde tenían que tumbarse, cerca del tronco de un árbol.

— Taparéis el número de vuestro capote con una tela ensangrentada, y quedaréis inmóviles hasta que se baje el telón.

— Sí, mi *régisseur* — dijeron los dos soldados.

✂ ✂ ✂

Empezó el tercer acto. Los dos cadáveres estaban en el suelo, con la cabeza apoyada en el tronco del árbol. Algunos cañonazos señalaban la retirada de los prusianos. Varias escenas patéticas entre la madre de los gemelos y el dueño del caserío. La llegada de la novia causó gran emoción en el público. Todo el mundo lloraba, compartiendo el dolor de la pobre novia, que, en brazos de su vieja nodriza, miraba los cadáveres, sin atreverse a acercarse a ellos..., cuando una carcajada enorme, una risotada homérica corrió por la sala, desde la orquesta al paraíso.

Los dos cadáveres acababan de levantarse precipitadamente, y, buenos soldados ante todo, Lepoille y Versusson saludaban desde las candilejas al coronel del 195, que acaba de llegar a su palco.

A. R. H.

¡Usted está «mochales»!

Fragmento de una carta que un sabio psicólogo, algo marchoso él, dirige a una señorita que, como ustedes verán, está más demente que una cabra:

«No me cabe ninguna duda. ¡Usted es tonta! Para llegar a esta desoladora conclusión, mire usted en qué se funda doña Lógica:

»Usted ama al joven y simpático Alminar de la Mezquita, vizconde de la Perra Gruesa, y sufre en silencio sus desvíos altaneros.

»Usted llora su desgracia, pensando suspirante en el lobanillo que adorna purulento la vizcondesa faz.

»Usted muere añorando las zambas piernas y la redonda cabezota, ¡oh paraíso!, de Alminar.

»Usted pena, usted suspira, usted so-
lloza, usted fallece por la nariz ciranes-
ca, las patillas prolongadas, los ojillos
torcidos y la enorme sima bucal del
pelirrojo Mezquita.

»Y, en cambio, usted no procura atraerle, enamorarle con el perfume que prestaría a su boquita gitábana el maravilloso elixir dentrífico Sanolán.

»¡¡Usted es tonta!...

A. L. >

¡MUJER!

BELLEZA, PLACERES,
ILUSIÓN...

SELLO YER

SALUD, ALEGRÍA,
BIENESTAR...

Suprima usted los dolores nerviosos
y sera usted dichosa

A LOS VERANEANTES

Cuando preparen su equipaje, no olviden incluir entre las cosas indispensables los famosos POLVOS INSECTICIDAS de

LEYER Y COMPAÑÍA

Es un consejo que nos agradecerán ustedes cuando disfruten tranquilamente de las delicias veraniegas.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

El Chico de la Blusa. Madrid.—No sirve, pollito. *El Diablo Negro (Coloniales).*—Eso del viajante en cueros, Dolores Fuertes de Barriga y otros chistes por el estilo, son de una ancianidad venerable. Usted ya ha-calao.

F. D. R. Sevilla.—Se publicará.

A. O.—Hay mucha gente en presidio por mucho menos que haber escrito *La verdulera*.

G. G. Bilbao.

«Desconsolada y triste se hallaba de la muerte de su novio, Manuela; pasa el día abrazada a mi zapato, y dice que el zapato con suela.

«Si en Sevilla le ponen a un chico Amadeo de nombre (es en vano), porque no harán creer a ninguno que Amadeo sea sevillano.»

[G. G. I.] [G. G. I.] Qué gracioso!

El Espontáneo Risueño.—Por supuesto, no se reirá usted de las cosas que hace, pues con ésas no se ríe nadie.

Empezando porque el tema del empleado cuya familia quiere veranear, es el obligado de todas las canículas. Luego, el diálogo tiene tan mala pata, que estas muestras pueden dar una idea:

«Los pobres papás están sudando la gota gorda y la delgada.»

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

«Ahora te ruego que, si te quedas en paños menores, no salgas a la calle, ¡porque como hay tanto circo abierto!...»

«¿Qué quieres decir con eso?

«Nada, chica. Que te podían confundir con algún animal sin amaestrar.

«¿Golfol... ¡Sinvergüenza!... ¡Me estás tomando el pelo!...»

«¡Criatural!... ¿Tan pronto se te olvida que llevas peluca?»

Puede usted seguir mandando cosas; pero si quiere que se publiquen, hágalas mejor.

Claridades.—¿Quiere usted que lo publiquemos? ¡Ahí val!

«Voy a escribir un verso que haga reír, ya que asuntos diversos si hay en Madrid. Te hablaré de los toros, caro lector, fiesta que hoy gusta a todos por su emoción.

«En fin, para dar una idea de cómo están, un caso lo demuestra de actualidad.

Bajaba yo el domingo por Alcalá,

cundo a un amigo antiguo me fui a encontrar.

«¿Qué? ¿Vienes de los toros? — le pregunté.

«Sí — contestó Heliodoro, muy serio él.

«Muy triste me lo dices...

¡Hule tal vez?

«¡Cal! A diestros infelices no coge un buey.

«Pues habla ya, Heliodoro, no seas así; te lo pido por San Isidoro, por San Antolín.

«Ya verás que pronto te lo voy a contar, que yo nunca me atonto para decir verdad.

En la corrida de esta tarde mataron sólo un buey; mas no debe de extrañarte, pues vi lidiar seis.»

¿Lo dejamos ya?... Bueno.

León.—Usted será León; pero dibujando es re-matadamente perro.

E. G. B.—No sirve, ¡claro está!

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

Juan Alemany, cabo de la compañía depósito del regimiento de Infantería de Ceriñola, número 42 (Melilla), quiere una madrina de guerra.

A. L. Avila.—No sirven sus dibujos.

M. M. Avila.—Lo mismo que a su paisano.

Sailo. Madrid.—Tampoco.



HERNIAS
Bragueros científicamente.
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

El Sr. V. F. Pérez, del Escorial, nos envía el siguiente sobre con unos chistes dentro:

«BUEN HUMOR. — (Diario semanal.) — Apartado 12.142. — Madrid.»

Berganza.—Muy perro. Recuerdos a Cipión.

Narciso Corominas, del batallón expedicionario de Vergara, número 57, tercera compañía, campamento de Kandussi (Melilla), quiere una madrina de guerra.

Nos alegraremos de que la consiga, pues anda el pobre muy solo en este mundo.

C. V.—La hoja adjunta es una cosa lamentable.

Varón del Polo. Madrid.—Eso no es estilo humorístico. Es demasiado plebeyete.

Rodolfo Bracquet, del Tercio de Extranjeros de Melilla, quiere madrina de guerra.

¡A ver qué pasa, porque el chico se la ha ganao!

M. C.—Los chistes sirven. Las noticias, no.

F. R. M. Madrid.—No sirve.

Astaroth.—Se publicará.

—¿Has visto Quinito qué mujer tan guapa se ha llevado, siendo él tan feo?

—¡Si es feo, sí! ¡Pero usa Licor del Polo de Orivel!

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

No cabe la menor duda...
Las imitan; pero en vano.
¡Pastillas, las de la Viuda
de Celestino Solano!

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos.



Almendrolina Belleza FINÍSIMA PASTA ESPUMILLA

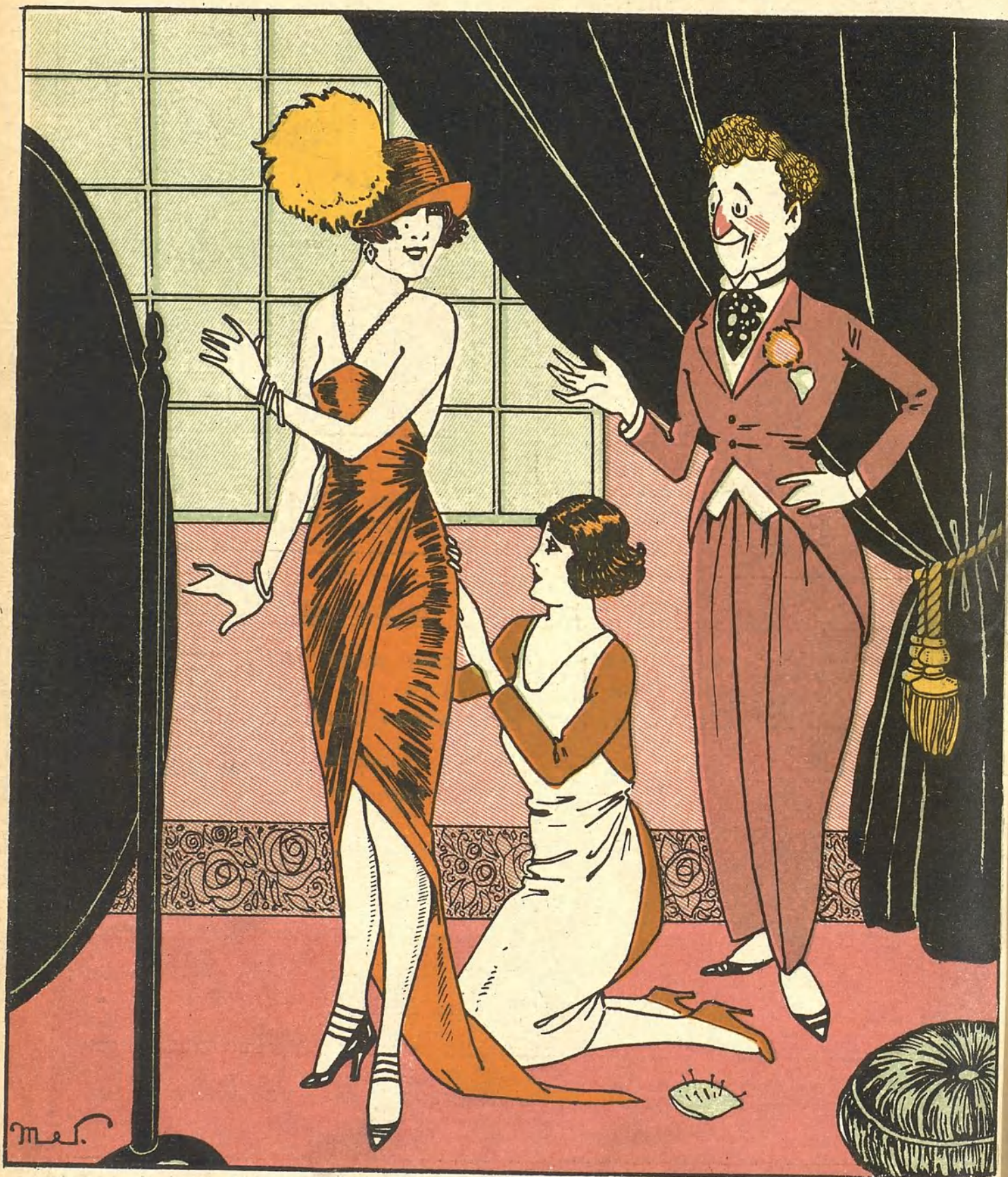
Loción Belleza LÍQUIDA. Tanto de la una como de la otra han informado célebres doctores higienistas que son lo mejor conocido para rejuvenecer y conservar el cutis. Son el secreto de la mujer hermosa. Dan firmeza a los músculos flojos y rostros marchitos, consiguiendo con su uso un cutis envidiable. Son de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, asperezas, barros, etc. Garantizamos están exentas de grasas y aceites, reuniendo las condiciones máximas de pureza. Preparadas a base de almendras y jugo de pétalos de rosa. Finísimo perfume.

Cremas Belleza LÍQUIDA O EN PASTA. Dan al cutis blancura natural y finura envidiables sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza y distinción. Blanca o rosada.

Polvos Belleza Calidad superfin y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— Canarias: droguerías de A. Espinosa. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



— No me negará la señora que es un traje de mucha vista...

Dib. MEL. — Madrid.